



PRECIOS DE SUSCRICIÓN		
MADRID Y PROVINCIAS		
Tres meses.....	16 rs.	
Seis meses.....	30 »	
Un año.....	60 »	
CUBA Y PUERTO-RICO		
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.	
Un año.....	4 »	

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN		
EXTRANJERO		
Seis meses.....	11 fr.	
Un año.....	21 »	
FILIPINAS Y AMÉRICA		
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.	
Un año.....	6 »	

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 25 — Madrid 5 de Setiembre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

#### SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por R. — *Los grabados*. — *La ciudad de los Papas* (conclusión), por D. M. Muñoz y Garnica. — *El Dulce Nombre de María*, por D. M. E. Ruiz. — *Nuestra Señora de las Mercedes*, por D. B. P. — *A Cristóbal Colón* (poesía), por D. J. M. A. — *Celebración del Sínodo diocesano de Valladolid*. — *¡Si yo tuviera Madre...* por Fr. Conrado Muñiz Sáenz. — *Conocimientos útiles*.  
GRABADOS. — *Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Ruiz Cabal*. — *Convento de la Purísima Concepción de la villa de Agreda*. — *El Abuelo*. — *Tipos del muelle de Lisboa*.

#### LA DECENA

AN regresando de sus excursiones a diferentes puntos de España y del extranjero los emigrantes *termóforos* de esta Corte.

Al revés de las golondrinas y las codornices, que nos abandonan huyendo del frío, los madrileños que reunen a esta cualidad (la cualidad de madrileños, no la de codornices) la de ser gentes desahogadas de bolsillo, tienden el vuelo hacia el Norte cuando empiezan los calores y regresan cuando se acaban.

Suele coincidir la conclusión del calor con la conclusión del dinero, en cuyo caso los *veraneadores* regresan mucho más frescos.

Para un observador medianamente perspicaz, no es gran mérito conocer *de vista* a la inmensa mayoría de los que vuelven, a poco que se fije en la inspección ocular de sus fisonomías.

Hace dos meses caminaban alegres y rozagantes por esas calles y paseos, en vísperas de emprender su viaje: hoy se les ve por esos paseos y esas calles cabizbajos y cariacontecidos, después de realizar su expedición.

Entonces, al que les preguntaba con mal disimulada envidia: «¿Adónde va usted, D. Fulano?» contestaban expansivos, sonrientes y rebosando satisfacción: «¡A veranear!»

Hoy, al oír: «¿De dónde viene usted, D. Zutano?» contestan dando un suspiro, frunciendo las cejas y bajando con abatimiento la cabeza: «¡De veranear!»

Con el cambio de temperatura empieza a recobrar Madrid una parte de la animación y movimiento que yacen como estancados durante los fuertes calores.

Anúnciase la formación de compañías líricas, cómicas y dramáticas en varios teatros. Algunos de éstos han abierto ya sus puertas, tal vez algo prematuramente, sin duda por aquello de *que quien da primero da dos veces*; aforismo que no siempre tiene aplicación práctica a los libros de contaduría.

Entre los coliseos que se han adelantado en esta carrera (verdaderamente de *obstáculos*) que emprenden en competencia

las empresas teatrales por esta época del año, figura el de la Alhambra con una compañía de ópera italiana.

No sé yo quien diga que ésta no deja nada que desear; pero teniendo en cuenta las pocas pretensiones con que se ha presentado ante el público, el buen deseo que anima a los artistas y la relativa baratura de precios en las localidades, no puede menos de reconocerse que el espectáculo llena su misión, por lo menos con tanto éxito como otros muchos que se anuncian con estrépito de bombo y platillos en la prensa y en las esquinas.

Los aficionados a la *música cara* se las prometen muy felices para la próxima temporada del teatro Real.

La lista, ya conocida del público, es una garantía de la *cuidad* y *cantidad* de los cantantes; de que la empresa sacrificará al público, en proporción de lo que la sacrificarán los divinos artistas; de que el público tendrá derecho a saborear las mejores partituras de los mejores maestros; de que los cantan-

tes tendrán el deber de producir en los espectadores un desarrollo de entusiasmo proporcionado al volumen de fuerza *metódica* con que se caldea el hornillo del arte; es, en fin, una garantía de todo, menos de que se ampliará y variará el repertorio de óperas que de muchos años acá venimos oyendo en el regio coliseo.

Porque los cantantes que ahora se usan, esas estrellas de primera magnitud que lucen en el firmamento lírico con un brillo de cuatro, seis y ocho mil pesetas por noche, no pueden, no quieren ó no saben cantar más que media docena de obras que se adaptan mejor a sus facultades y que han llegado a dominar a fuerza de ejecutarlas años y años.

También el teatro de la Princesa apresta sus armas para luchar, en el terreno del arte, con el de la Alhambra.

No quiero meterme a profeta, pero creo que en esta clase de competencias ni ganan las empresas ni el público. Quisiera equivocarme y tener que anunciar en la próxima *Decena* que ambos coliseos se llenan todas las noches, llenando a la par de satisfacción el alma de los artistas y de dinero la caja de las empresas.

Pasando del alimento del espíritu al alimento del cuerpo, he de dar al Ayuntamiento de Madrid, a buena cuenta, algunos de los aplausos que tenía reservados para los cantantes de ópera italiana.

He leído en los periódicos que se estudia en el Municipio el proyecto de establecer, por cuenta del mismo, expendidurías de carne, único medio de contrarrestar las exigencias, cada día crecientes, de los que trafican en este importante artículo de consumo.

Si las cifras que se fijan son exactas, parece que desde hace algún tiempo ha tenido el precio de la carne, por parte de los ganaderos, una baja de consideración, adquiriéndose hoy por los expendedores a 45 y 50 reales lo que hace ocho meses pagaban a 65 y 70, sin que el consumidor haya obtenido ventaja alguna, puesto que hoy lo paga al mismo precio que entonces.

Yo bien veo que no se puede, en esta época de progreso moral, material y mercachifle, ni recordar siquiera aquellos *tiempos ominosos*, aquellos procedimientos tiránicos, aquellas disposiciones inicuas (que debieron ser escritas por la mismísima mano del caballo de Atila) encaminadas a limitar la codicia de los abastecedores de artículos de primera necesidad y a defender los intereses del pueblo consumidor.

Por eso aplaudo el propósito del Ayuntamiento de Madrid, que sería un recurso ingenioso para volver a lo antiguo en aquello que toca de cerca al procomún, si bien por medio de un rodeo que permita dejar a un lado la montaña de la *libertad de tráfico*, ya que no se pueda saltar por encima.



ILUSTRÍSIMO SR. DR. D. ANTONIO RUIZ CABAL,  
Obispo de Pamplona.



El caso es que se coarte, aunque sea indirectamente, la omnímoda facultad del vendedor de dar la ley al consumidor y de realizar una ganancia exorbitante á expensas de la moral y de la conciencia.

\*\*

Pero si merecen censura los expendedores de carnes de Madrid, en cambio los de Gerona merecen plácemes y, más que plácemes, que se les levante una estatua, aunque sea como las de los toros de Guisando.

A fe que, guisando y friendo, las madres de familia de la inmortal ciudad, mientras preparan el estofado de lengua, se harán lenguas de aquellos dignísimos cortantes, que en vez de confabularse entre sí para sacrificar al público, se han confabulado con el público para sacrificarse entre sí. Quiero decir que han abierto un concurso de generosidad, en el que se trata de saber quién expende la carne á precios más económicos.

La puja ha llegado al último límite posible; hay vendedor que ha dado la carne de balde á las personas faltas de dinero y sobradas de apetito.

Es de esperar que algún competidor más resuelto se atreva á darla, no sólo *gratis*, sino ya aderezada y servida en la mesa del parroquiano.

\*\*

A propósito de concursos, si menos suculeto que el de los carniceros de Gerona, no deja de ser *sonado* el que se ha celebrado ha pocos días en San Sebastián y en el que han tomado parte veintiseis charangas, veintidós orfeones y dieciséis músicas francesas; con más, por parte de España, los orfeones de Bilbao y San Sebastián y seis músicas pertenecientes á Irún, Tolosa, Zumaya, Deva, Cegama y Zarauz.

Ha sido un verdadero diluvio de semicorcheas, una inundación de acordes, un desbordamiento de armonía y un torrente de notas musicales con acompañamiento del gran *contrabajo*; que así llamó al mar mi amigo Pedro A. Alarcón en una de sus primeras novelas.

Por fortuna, no han ocurrido desgracias personales, porque no pueden comprenderse bajo esta denominación los desperfectos causados en varios tímpanos de *oyentes*, que dejaron de serlo después de un *tutti* soberbio, pero que recobraron dos días después la integridad de su aparato auditivo.

En cambio, muchos sordos se vieron agradablemente sorprendidos oyendo por primera vez «un ruido bastante perceptible (según la frase de uno de ellos), algo parecido al que deben oír los que no son sordos durante una batalla campal.» Por supuesto, que yo creo que esto lo dicen los sordos por darse tono, aparentando que oyen campanas, aunque no saben dónde.

\*\*

La curiosidad pública, aletargada durante tanto tiempo por falta de pasto (perdóneseme la palabra) á su voracidad, se ha galvanizado algún tanto con motivo de la visita de los periodistas italianos.

Se ha querido echar la casa por la ventana, como vulgarmente se dice, para agasajar á los ilustrados huéspedes de la *mejor manera posible*. Se ha fantaseado mucho y se han propuesto mil y un proyectos para el caso, por más que no vinieran al caso la mayor parte de ellos. Se ha puesto á contribución al Gobierno, á la Diputación provincial, al Ayuntamiento, á la Sociedad de Escritores y Artistas, al Círculo de la Unión Mercantil, al Ateneo Científico y Literario, á las empresas de espectáculos, á las compañías de ferrocarriles... En fin, *se ha revuelto á Roma con Santiago*, según dicen en Castilla.

Desde que se anunció la visita, todo ha sido movimiento, agitación, juntas, conferencias, nombramiento de comisiones, redacción de circulares y, en fin, ese conjunto de actos y de ideas que acompañan de ordinario á la celebración de los grandes acontecimientos.

Si la magnitud del que acaba de solemnizarse corresponde ó no al ruidoso y algún tanto enfático (¿por qué no se ha de decir?) aparato desplegado para conmemorarlo, no me toca á mí decirlo. Mucho menos habría motivo para censurar, ni aun en broma, la simpática acogida hecha á los periodistas y literatos de Italia, si en ella hubieran tomado parte exclusivamente los literatos y periodistas de España.

Lo que no puedo aplaudir es que haya querido darse á un acto de cortesía y deferencia de los representantes del periodismo italiano hacia nuestro país el carácter de un acontecimiento internacional,

de un suceso de alta trascendencia ni en el presente ni para el porvenir.

Bien ajenos estarían los periodistas expedicionarios, cuando concibieron el pensamiento de visitar las dos más importantes capitales de España, de *que su humorada* había de tomarse tan por lo serio que fuese objeto de preocupación pública entre nosotros, hasta el punto de poderse aplicar á la noticia de esta visita aquellos dos versos de Manzoni en *Il Cinque Maggio*:

Cossi percossa, atonita,  
La terra al nunzio stà.

Nuestro carácter impresionable suele arrastrarnos á exageradas expansiones de entusiasmo por un motivo frívolo (y no aludo precisamente á la recepción de los italianos), al paro que nos hace olvidar en pocas horas acontecimientos gravísimos que se desploman sobre nuestra historia con siniestro estrépito, y cubren con sus escombros el camino de nuestras glorias, y obstruyen las fuentes de nuestra riqueza, y ahogan en el polvo las más generosas aspiraciones...

Pero ¿dónde diablos iba yo á meterme con esta divagación del género cursi? Dejemos las cosas conforme están, puesto que, según dijo no sé quién, han de caer siempre del lado á que se inclinan.

Lo único que debemos procurar es que no nos cojan debajo.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



En estos últimos días la tranquilidad de Europa se ha visto seriamente amenazada con los sucesos ocurridos en Bulgaria. Ha habido momentos en que los pavorosos problemas de tiempo atrás planteados en Oriente cuya solución es continua amenaza, ya para una nación ya para otra, y que apenas iniciada ó sospechada mejor dicho, hace surgir multitud de conflictos, presentaron un aspecto de inminente guerra europea.

El príncipe Alejandro de Batemberg, el héroe de la leyenda oriental de nuestro tiempo, cuyos hechos en la última guerra y los sucesos de su interesante vida han ofrecido á menudo los vislumbres de aventuras épicas, fué destronado sorprendiéndole una noche cuando se entregaba al descanso y haciéndole abdicar. Hecho prisionero el soberano de Bulgaria, la revolución triunfó, pero su triunfo, como siempre sucede, arrojó sobre el tapete político la manzana de la discordia entre las grandes potencias, atentas siempre con el ojo codicioso de su ambición en un punto fijo. El antagonismo entre Rusia é Inglaterra se ofrece en seguida. Rusia empuja á Alemania, Inglaterra á Turquía, detrás todas las demás naciones mas ó menos interesadas. Bismarck ve oscilar el barómetro de la paz europea en su mano y conferencia con el ministro Giers de la Rusia. El cálculo de las probabilidades da resultados muy contradictorios y puede decirse que Frazensbad es el punto donde se condensan los vapores de tempestad. Hacia él se dirigen todas las miradas, y por último celébrase la conferencia, pero de su resultado el telégrafo no dice nada en concreto.

En tanto circulan los mensajes de las naciones y noticias de todos gustos, se movilizan los ejércitos; otros ya preparados sólo esperan una señal para marchar.

Con lo que no se cuenta es con el carácter del príncipe destronado, ni con las simpatías que muy arraigadas debían estar en su pueblo, escaso en civilización, pero que ha dado pruebas en verdad de que no es tan tornadizo y voluble como deseaba Rusia. El hombre de acción, impetuoso y ardiente, y el hombre político, frío y calculador, se han mirado á larga distancia dudosos del resultado de sus proyectos, y han debido pasar en breve espacio amarguras y ansiedades muy profundas; el uno, Alejandro, en cuyo nombre parecen vinculadas las proezas de su vida, descendié ocultamente por las aguas serenas del Danubio, forzado á huir de la nación cuyos destinos rigiera y cuyo engrandecimiento lograra; las sombras de la noche, en que le sacaron de su palacio, no serían tan negras como la tristeza que le acompañara en su viaje; por algún tiempo se ha ignorado su paradero, y sin embargo era un factor poderoso del cálculo de los ingleses y un dato que abrumaba al hombre por cuya cabeza pasan todas las maquinaciones importantes de Europa. Este, por su parte, se dirigía á Franzensbad queriendo por un lado sostener á Alejandro, y por otro no disgustar á Rusia en tanto dure la vida del emperador

Guillermo. Pobre príncipe de Bulgaria si no hubiera tenido más defensor que Bismarck; hubiera sido sacrificado á las pretensiones de Rusia, y lo fué en efecto; pero si la habilidad forma nudos imposibles de desatar, la espada de Alejandro llega y los rompe.

Venció la contrarrevolución, y al desembarcar en Reni el Príncipe es reclamado por los suyos. Alejandro se restituye á su nación y en estos momentos está próximo á Sofía, habiendo sido aclamado por el pueblo y el ejército y colocado otra vez en el trono.

Ante la fuerza de los hechos los cálculos políticos se deshacen y tienen que formarse otros; de modo que el que antes era sacrificado en aras de la conveniencia de los dos colosos del Norte, hoy es acatado por uno de éstos, hasta que la fortuna le vuelva la espalda ó la otra potencia logre sobreponerse á las circunstancias é impulse en un sentido las fuerzas divergentes hoy de los grandes Estados, cosa tan difícil que es imposible de prever. El equilibrio de las naciones es á veces un grano de arena, y es preciso conservarlo; lo que pasa es que al más ligero viento se pierde aquél y asoma amenazador el espectro de la guerra al romperse la urdimbre de la diplomacia.

Los demás asuntos de política extranjera, ante la importancia de los mencionados, ofrecen escaso interés. Inglaterra sigue discutiendo la conducta que debe seguir en Irlanda, y los trastornos se reproducen mientras tanto en Belfast como un hecho ya periódico. El diputado irlandés Oconnor pronunció el otro día un violento discurso en la Cámara de los Comunes contra la política del Gobierno en la cuestión de Irlanda, y dice que el último discurso del ministro Churchill ha sido la principal causa de los sangrientos sucesos de Belfast.

La enmienda de Parnell, favorable á las reformas en Irlanda, fué desechada.

El *Memorandum* del Gobierno inglés, poco ha publicado, es un importante documento. Se piden en el mismo reformas administrativas en las provincias otomanas con lenguaje conminatorio, que según noticias ha impresionado vivamente al Sultán.

Francia continúa ocupándose de la representación pontificia en China, y se considera probable un arreglo, según las últimas noticias, que dicen haber celebrado una conferencia Mr. Freycinet con el Nuncio de Su Santidad sobre este asunto.

Han sido expulsados del territorio francés por haber redactado protestas contra la expulsión del duque de Aumale un ministro protestante inglés y un barón alemán.

Una carta del príncipe Víctor Napoleón dice que el partido imperialista sigue siendo muy fuerte, y que tiene desplegada la bandera para que se acojan á ella cuantos quieran coadyuvar á la defensa de los grandes principios sociales.

Se pide la formación de un ejército colonial para que los habitantes de las colonias presten el servicio militar como los franceses.

El Consejo que vino á presidir Mr. Grevy de Mont-sous-Vaudrey, al cual se atribuía gran importancia, ha resultado que carecía de ella, y el regreso de aquél á su posesión ha hecho suponer que se hallaba enfermo.

Un periódico ministerial declara ante las insinuaciones de los nuestros, que Francia no favorece la revolución en nuestra patria, y que aparte las reglas de derecho y vecindad, las relaciones cordiales entre ambos Gobiernos impedirían la complicitad.

Con motivo de la fiesta de San Joaquín, nuestro Santo Padre ha recibido felicitaciones de casi todos los soberanos de Europa. La salud de Su Santidad es excelente por más que los periódicos sectarios se empeñan en propalar noticias que sobresaltan á los fieles súbditos del Pontífice.

Dícese que Mr. Depretis ha desaprobado las frases que pronunció en Viterbo el ministro Grimaldi, á nombre del Gabinete, ampliando y perfeccionando la cruda frase de un importante político francés ya finado. De todos modos el citado discurso se ha comentado mucho por la prensa italiana.

A última hora sabemos por un despacho de Roma que el Papa ha aceptado la proposición de Francia, resolviendo enviar á Pekín con misión temporal á un legado encargado de estudiar de concierto con el Gobierno chino y la legación de Francia las condiciones para la reorganización ulterior de una representación permanente de la Santa Sede en el Celeste Imperio, y dice que el legado será Monseñor Aglardi.

R.



## LOS GRABADOS

ILUSTRÍSIMO SR. DR. D. ANTONIO RUIZ CABAL,  
Obispo de Pamplona.

Nació este nuevo prelado en Villamartín, pueblo del arzobispado de Sevilla, el 4 de Octubre de 1835. Siguió la carrera eclesiástica en el Seminario de Sevilla, habiendo sido de los primeros estudiantes que entraron en sus aulas cuando abrió sus puertas el inolvidable Arzobispo D. Judas José Romo, entre cuyos familiares llegó á contarse más tarde el mismo Sr. Ruiz Cabal.

Los rápidos adelantos del estudioso alumno le convirtieron muy pronto en maestro, y después de desempeñar casi todas las cátedras de Teología, recorrió casi todos los cargos, siendo sucesivamente Presidente, Vicerrector, y últimamente Rector durante doce años, cuyo cargo desempeñaba cuando ha sido promovido á la dignidad episcopal.

El fué el iniciador y promovedor incansable de la excelente Obra Pía de San Isidoro para la educación de los estudiantes pobres, que más tarde erigió en institución permanente el eminentísimo Sr. D. Joaquín Lluç y Garriga, Arzobispo de aquella diócesis. Bajo su rectorado se llevaron á cabo notables reformas que sería prolijo enumerar aquí, unánimemente aplaudidas por los amantes del Seminario hispalense. "Debe ser, dice un artículo de la *Revista Católica* de Sevilla, motivo de gran satisfacción para el Seminario de esta archidiócesis, ver que aquel alumno que fué el primero en vestir la beca de colegial, que recibió en su capilla la primera tonsura, que celebró en ella su primera Misa, y que después de los brillantes ejercicios de oposición para la Doctoral de Palencia, fué agraciado con análoga canongía en la insigne Metropolitana de Sevilla, no sin haber acreditado su competencia por la brillantez de los actos literarios, haya sido promovido al episcopado, llevando así á las alturas de la jerarquía eclesiástica el nombre y la representación de este plantel del sacerdocio, cuando apenas cuenta dos generaciones escolares."

Recibió el grado de doctor en Teología en Junio de 1861, el de licenciado en Cánones en 1864, y por último se hizo abogado en Octubre de 1869.

Los talentos y el celo del Sr. Ruiz Cabal no podían quedar encerrados en los muros del Seminario, y en efecto, los Emmos. Sres. Arzobispos de la archidiócesis le honraron sucesivamente con diversos cargos, como Presidente de la Sala de Examinadores sinodales, Juez Prosinodal del Arzobispado y Examinador Prosinodal para la provisión de Parroquias, Fiscal del Tribunal Metropolitano y Visitador general del Arzobispado y de los conventos de religiosas.

También desempeñó recientemente el juzgado contencioso-administrativo y el gobierno del Arzobispado. Obtuvo poco ha de la Santa Sede, por Breve de N. S. P. León XIII el especialísimo honor de ser nombrado Pronotario apostólico *ad instar participantium*.

De sus tareas en el púlpito y en el confesonario no vamos á escribir mucho, porque sería menester dedicarle largas páginas de que no disponemos; pero bastará decir que ha sido infatigable en estos ministerios, estando siempre dispuesto á acudir donde se le llamaba, y siendo uno de los predicadores más queridos del pueblo sevillano.

El Sr. Ruiz Cabal ha sido consagrado el día 22 de Agosto, y muy pronto tomará posesión de su Silla de Pamplona.

CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE AGREDA

(Fundado en 1633 por la V. Madre Sor María de Jesús).

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA saben, por haber hablado en un excelente artículo de ellas, que se acaban de dar á luz, hábil y cuidadosamente coleccionadas, las cartas que escribió Sor María de Agreda, la célebre autora de la *Mística Ciudad de Dios*, al rey Felipe IV, dándole sabios consejos sobre la gobernación de los hombres. Esta circunstancia ha hecho que muchas personas ilustradas vuelvan la vista hacia tan gran figura, y juzgando del mérito de las cartas ponderen como se debe la gran capacidad y la insigne virtud de la *monja de Agreda*, que con la beata Mariana de Jesús y Sor Clara de Jesús forman la sucesión admirable de la reformadora del Carmelo, de la insigne Doctora de Avila.

Sor María de Jesús nació en Avila el 2 de Abril de 1602, y fueron sus padres Francisco Coronel y Catalina de Arana, de familia noble, pero no rica; la educación espiritual que recibió influyó eficazmente en su vida, que Dios colmó de gracias para que fructificase en el claustro. A los 8 años se consagró á Dios; á los 12 pidió á su confesor que le diese reglas para servir á Jesucristo: se puede decir que sólo salió al mundo en compañía de su madre para frecuentar el templo y visitar enfermos. A los 16 años la casa de sus padres, convertida en convento por inspiración de su madre, la servía de claustro, donde se recogían esta señora y sus dos hijas. Sola una vez salió después á la calle para trasladarse al convento nuevo, hecho en sitio más á propósito quince años después. Se le dispensó la edad para ser prelada, y vivió allí ejerciendo todas las virtudes hasta su muerte, que ocurrió á la hora de tercia del primer día de la Pascua del Espíritu Santo, en 1665.

De su vida espíritual no caben aquí ni aun los rasgos más salientes. Sus éxtasis y arrobamientos, sus coloquios con la Virgen Santísima, su aparición en Nueva España, donde predicó á los indios, sus obras místicas, hicieron de ella una mujer tan admirable y tan santa, que España entera se conmovió á la noticia de su muerte.

La vista de nuestro grabado representa el convento donde vivió y murió esta religiosa, situado en la villa de Agreda, perteneciente á la provincia de Soria. Hoy todavía se conserva en el mismo estado, aunque ha caído en mayor pobreza por efecto de la decadencia moral de nuestro tiempo.

EL ABUELO.

Cuadro de Mr. Fleury Albert; grabado por Fluret. — Premiado en la Exposición de este año en París.

La pintura francesa ha decaído considerablemente. Los cuadros pequeños de género, es decir, de asuntos frívolos, han acabado con la gran pintura de historia, formada en los asuntos evangélicos y en las vidas de los Santos. Así es que cuando los jurados quieren premiar alguna obra de las que podemos llamar serias, tienen que fijarse en escenas de tan corta invención como la que ha obtenido el premio en este año.

Mr. Fleury, su autor, es hijo del mar: ha nacido puede decirse que en las olas y ha pasado su juventud navegando. Conoce por consiguiente á maravilla la vida de la gente de mar, y sobre todo las costumbres de los pescadores, que por singular analogía se parecen mucho en todos los países. Su cuadro del abuelo representa un pescador viejo de la Normandía ocupado en repasar sus redes y tiernamente acariciado por su nieto. El asunto no puede ser más sencillo; sin embargo, está bien hecho, y sobre todo representa uno de esos afectos nobles del corazón, cual es el amor filial y paternal, y esos afectos hallarán siempre eco en las almas sensibles.

TIPOS DEL MUELLE DE LISBOA.

Dibujados del natural por Thadée.

Apesar de tenerla tan cerca y ser una capital de primer orden, conocemos aquí poco las costumbres, monumentos y tipos de Lisboa.

V cuenta que, según la última estadística, hay en ella veintidós mil cuarenta mil españoles, dedicados en su mayor parte á las operaciones marítimas y á los servicios públicos.

Los adjuntos dibujos ofrecen unos tipos allí muy frecuentes y que nos parecen extraños á los que no hemos visitado la capital del vecino reino.

Los gorros recuerdan algo el catalán, á pesar de la distancia, lo que prueba un origen común: son reminiscencias de Oriente, cuyas costumbres y trajes han dejado en España y Portugal recuerdos indelebles.

## LA CIUDAD DE LOS PAPAS

(Conclusión.)

II



SUPUESTO que se acepta por todos la gran división de los tiempos haciendo de los siglos una altísima montaña y distinguiendo las vertientes que hay más allá de las que hay más acá de la Cruz, contemplemos á Cristo pendiente del patíbulo, como para cerciorarnos de su actitud, que no dejaría de encerrar misteriosos significados siendo el santo madero la línea divisoria.

El Salvador del mundo quedó crucificado dando la espalda á Jerusalén, la ciudad deicida, mirando al Occidente, la región de las promesas y bendiciones. Caída la frente sobre el pecho, saludaba desde la Cruz á su amada Esposa la Iglesia: así como en su triunfante Ascensión á los cielos, extendidas las manos, designaba y bendecía las regiones occidentales á las que traspasaba el cetro de su nuevo imperio.

San Juan Damasceno, San Jerónimo, Beda, Sedulio y otros intérpretes discurren de esta manera sobre la actitud de Nuestro Señor Jesucristo en la crucifixión, y explican satisfactoriamente dos pasajes de los Profetas, uno que se refiere á la perdición del pueblo judío, otro relativo á la vocación del pueblo gentil. «En día el de su perdición, dijo Jeremías, les mostraré la espalda, no el rostro 1.» «Sus ojos, dijo David, miran á los gentiles 2.» Estos dos pasajes de la profecía indican con toda claridad el diverso destino de las naciones, y entre ellos se levanta la Cruz, cual línea divisoria de los tiempos y de los destinos. Jesucristo mira, saluda, bendice y abraza á la tierra que cae de las vertientes acá: «extendí mis manos á un pueblo incrédulo», dijo el Señor; pero volvió la espalda á la ciudad deicida: el sol se adelantaba en su carrera; y comenzaba á iluminar las regiones occidentales.

«Es de notar, dice C. A. Lapide, que Cristo fué crucificado de tal suerte, que apartando su rostro de Jerusalén, indigna de sus miradas, reprobando á los impíos judíos y eligiendo á los gentiles, miró al Occidente, como si dijéramos á Italia y á Roma. Así es que los cristianos por institución de los Apóstoles oran al Oriente, como mirando al rostro de Cristo crucificado. También sus templos miran al Oriente; de modo que la imagen de Cristo crucificado que en ellos se adora, mira al Occidente 3.» Jesucristo clavado en la Cruz, Jesucristo elevándose á los cielos, convertíase á los pueblos occidentales, miraba á la Iglesia romana á la que iría Pedro, su

Vicario en la tierra, adonde enviaría á Pablo, doctor de las gentes.

Recogiendo todas estas interpretaciones y condensando los hechos principales que vinieron á dar razón de las profecías y unidad á la historia, un Obispo español, por muchos títulos insigne, el famoso Lucas de Tuy, saca la dignidad del Occidente del hecho de haber inclinado Jesucristo la cabeza hacia esta parte, en el acto de la espiración, al entregar su espíritu al Eterno Padre. «Este Sumo Sacerdote, dice el Tudense, este venerable Pontífice, por la oblación voluntaria de su cuerpo y de su alma, y por la efusión de su sangre, consagró al mundo, pero consagró especialmente al hemisferio occidental, en donde debía residir el Príncipe de los Pastores, aquel á quien se dió por excelencia y sobre todos los Obispos del mundo la potestad de atar y desatar... Hacia este clima lanzó un gran grito, abrió su pecho, y de su costado salió sangre y agua. El grito fué para llamar á la vida y á la luz los pueblos del Occidente, sentados en tinieblas y sombras de muerte: la sangre fué para infundir el calor de su vida divina en estas razas ateridas de frío y combatidas por el fiero Aquilón: el agua fué para purificar y rejuvenecer estas naciones idólatras, envejecidas y corrompidas por todos los vicios de su putrefacción moral 4.»

La extensión prometida á la raza de Japhet, los nuevos pueblos á quien el Señor bendecía, el ser purificados de los vicios de la idolatría, regenerados por el agua y el Espíritu Santo, iluminados por el sol de la gracia y de la verdad que caminaba al Occidente, comprados á precio de sangre y esperanzados en la gran promesa de que habían de reinar en la tienda de Sem, todo esto habla de un nuevo Imperio que fundaría Jesucristo, y al cual traspasaría su cetro: Así es ciertamente: porque Jesucristo vino á fundar un Imperio sobre la tierra. Recibió de su Eterno Padre todas las naciones por herencia 5, y antes de subir al cielo dijo á los Apóstoles: «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizadlas en mi nombre como en el del Padre y el Espíritu Santo: enseñadlas á observar mis leyes, y he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Por donde se ve que Jesucristo vino á fundar un grande Imperio, un reino universal, un reino perpetuo, como quien tiene toda la potestad, y por campo todas las naciones. Su Imperio es la Iglesia: su campo el mundo: *ager est mundus*: y su reino no tendrá fin: *et regni ejus non erit finis*. Pero los fundadores de Imperios no deben permitir que el acaso determine el centro que necesitan, mucho más si se trata de una fundación que no tiene ejemplo en la historia, y que con ninguna otra pudiera compararse, por lo vasto de la circunferencia y por la grandeza de los designios. Un Imperio universal requiere una capital católica; un Imperio perpetuo está pidiendo una ciudad eterna; un Imperio tan vasto requiere una ciudad proporcionada á sus dimensiones. Tal aparece en las profecías y en el Evangelio el reino de Cristo: ¿cuál sería, pues, la ciudad de los grandes destinos, donde la Cabeza visible de la Iglesia reinara como tal Vicario de Cristo y Pontífice Supremo de la Religión?

La ciudad designada es Roma. ¿Desde cuándo fué destinada á servir de centro á la Iglesia Católica?

Datar desde su fundación por Rómulo y Remo este señalamiento, no sería remontarse mucho: y sin embargo, Roma fué fundada 752 años antes de Jesucristo. Conviene retirarse más todavía, supuesto que ya tenemos en los libros de Moisés el anuncio del gran reino y el glorioso destino de nuevas gentes, que tardarían en venir unos 1.300 años después de la profecía del patriarca Noé. No es preciso aguardar á que Rómulo ponga la primera piedra para que idee el Verbo divino el emplazamiento de la nueva Jerusalén. Habría preparaciones desde las edades más remotas, desde el principio: y son muchos, son innumerables los escritores que han sacado de las Santas Escrituras las pruebas de estas preparaciones, al emplazamiento de esta ciudad, sin contar los escritores paganos que mezclaron con fábulas los orígenes de Roma; no habiendo un solo orador, un solo historiador, un solo poeta que no fije sus miradas en los cimientos de la gran ciudad, y algunos las fijaron con un respeto profundamente religioso. Los sacerdotes paganos evocan el recuerdo de los primeros días de Roma; los conquistadores quisieran apropiarse sus antiguas glorias; los fundadores de Imperios se creyeron oscuros y débiles personajes mientras no empuñaran el cetro de los romanos: á todos los grandes hombres y á todos los grandes pueblos pareció que no dejarían en la historia un

1 Jerem. XVIII, 17.

2 Ps. LXV, 7.

3 Comment in Math. XXVII, 35.

4 Lucas Tudensis, adversus Albigenium errores, Lib. II, c. 12.

5 Ps. II, 8.



rastró duradero si no mezclaban su nombre y no ligaban su destino con el destino y el nombre de la Ciudad Eterna: y hasta los bárbaros que no pensaron embellecerla ni conservarla, se ensoberbecen con su terrible misión y se creen enviados por Dios para destruirla.

No es pues extraño que se señalen tantas preparaciones, y todas divinas, aunque unas se digan geográficas ó topográficas, otras históricas, otras materiales y políticas, de ese reinado espiritual y temporal que tiene á Roma por cabeza.

Cada uno de los puntos indicados daría materia para extensas explicaciones, pero nos contentaremos con escribir brevísimas líneas para no faltar á nuestro propósito.

Siendo Roma la metrópoli ó cabeza del catolicismo, el Eterno tendría fijos los ojos en ella desde que preparaba los cielos, como dice el sagrado libro de los *Proverbios*: desde que con la escuadra y el nivel daba su asiento á la tierra, desde que ponía sus fundamentos, y prescribía sus límites á los mares<sup>1</sup>. Tendrían mucho que ver con la vida de las naciones la configuración del globo, los valles y las llanuras, y las cadenas de las montañas. El Dios que congregaba las aguas y levantaba hasta el cielo las crestas de los Apeninos y las más soberbias cumbres de los Alpes, preparaba de tan lejos los destinos de la Italia. Llevaría por delante esta misma idea cuando cortó la tierra con el Mediterráneo, límite y camino abierto al comercio de todos los pueblos, sembrado de islas, inmenso lago en cuyas orillas tomaron asiento tantas provincias, centros subordinados de la vida y la riqueza de alguna gran metrópoli: y ciertamente, Roma cruzada por el Tíber, á poca distancia del mar, teniendo en la península itálica á izquierda y derecha los dos puertos principales de comunicación con el Oriente y el Occidente, debió ser el centro espiritual del catolicismo; porque el Altísimo había dispuesto las cosas de manera, que la famosa ciudad, dominadora de las naciones por virtud del principio religioso, fuese fundada en el centro geográfico del universo.

Por la misma razón y por otras igualmente poderosas y providenciales, correspondía á esta privilegiada ciudad el principado civil. No falta para ello la preparación histórica. El Señor divide los pueblos, según leemos en el sagrado libro del *Deuteronomio*, como dividió las aguas de las aguas, y las noches de los días. Los asirios fundan su Imperio, y se hacen señores de la tierra. A la voz de Dios el Imperio de los asirios cae, y se levanta el Imperio de los medos y persas. De éstos lo recibe el grande Alejandro, quien lo aumenta por sus conquistas. Luego pasa á manos de otros vencedores que lo hacen más grande todavía: iba aumentándose como una bola de nieve. En su día tocó á los romanos recibir el cetro de los Imperios asiáticos: y llegando á ser Roma la heredera de los antiguos Imperios, el mayor centro de unidad material que jamás se ha conocido, traspasó el cetro del mundo á las manos de Aquel á quien fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra.

Habrán en los últimos días una montaña preparada (dijo el Profeta Isaiás como determinando el sitio de la ciudad con sus accidentes y pormenores) y la casa del Señor, sobre las crestas de los montes y asentada sobre un grupo de colinas; y todas las naciones afluirán á ella, y dirán: venid á la montaña del Señor, á la casa del Dios de Jacob: Él nos enseñará sus caminos, porque la ley saldrá de Sión, y la palabra del Señor no quedará cautiva en Jerusalén.<sup>2</sup> Ahora bien, la Jerusalén antigua, lejos de ver afluir las gentes, las vió retirarse y quedó desierta y destruida. No así la nueva, no así Roma: ésta es la ciudad puesta sobre los montes, la ciudad de las siete colinas, la ciudad de las promesas. En ella y por ella, establecido el reino de Cristo, sería el Señor ensalzado, como dice el Profeta, «sobre todo soberbio y activo, sobre los cedros del Líbano y las encinas de Basán, sobre todos los montes altos, sobre todos los collados, sobre muros y torres, sobre las naves de Tharsis y sobre todo lo que es hermoso á la vista. Sólo el Señor será ensalzado, y los ídolos serán enteramente destruídos.» Todo lo cual se cumplió por Jesucristo, siendo Roma la cabeza del Imperio cristiano, y dándose el golpe definitivo á la idolatría con los edictos del emperador Teodosio. Hoy todavía, todos los pueblos afluyen á Roma. *Et fluent ad eum omnes gentes.*

La preparación de este Imperio cristiano fué el Imperio romano: Roma fué señora de las naciones. César Augusto expidió un edicto para empadronar todo el universo: *ut describeretur universus orbis*<sup>2</sup>. La extensión del edicto denota la del Imperio. José y María subieron desde Galilea á Jerusalén para

obedecer al Emperador. Entonces nació el Salvador del mundo. Si el presidente de Siria, cuyo nombre era Cirino, empadronó á Jesús de Nazareth, lo haría sin pensar que aquel tierno infante, cuyos derechos al cetro de Israel eran más conocidos por ser vástago de la casa de David, sería el único candidato ó el único heredero de César Augusto que ocupara el Imperio del mundo. A Él fueron dadas todas las naciones por herencia; á Él fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra; Él es el Rey inmortal de todos los siglos; del Oriente pasa al Occidente el Imperio; la ley sale de Sión, la palabra de Dios de Jerusalén; esa ley divina y esa palabra divina pasan á Roma, y la Eterna Ciudad, asentada sobre los montes, no recibe la ley divina, ni la palabra divina, ni el magisterio infalible, ni la diadema imperial, ni la universal dominación, sino para trasladarlas á manos de Jesús, al Rey de cielos y tierra, al Soberano Pontífice, quien instituyó la santa Iglesia católica, formó el Apostolado y bautizó el Imperio.

Roma es la ciudad de los Papas.

«Entraba en el plan divino — dice San León — que muchos reinos se confederasen en un solo Imperio, para que más fácilmente se propagara la predicación general á todos los pueblos sujetos al gobierno de una sola ciudad. Después de recibir el Espíritu Santo, y teniendo el dón de hablar diversas lenguas, los Apóstoles se distribuyeron el mundo y cada cual llevó el Evangelio á aquella porción del globo que le fué señalada. Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, fué destinado á la metrópoli del Imperio romano, para que la luz de la verdad, revelada para la salud de las naciones, se extendiese con mayor eficacia desde la cabeza del mundo á las otras partes del género humano... Tú, oh Pedro, no temes venir á esta ciudad: tú entras sin temor en esta guarida de bestias feroces; y vienes solo, sin Pablo compañero de tu gloria, ocupado entonces en la ordenación de otras iglesias: no temes venir á Roma, la reina del mundo, y pones el pie en este océano de tantas borrascas, y estás más tranquilo que cuando caminabas sobre el mar<sup>1</sup>».

San Pedro vino á tomar posesión de Roma: la piedra se colocaba en su sitio: y tomando posesión de la capital, se posesionaba del Imperio. Roma es la ciudad de los Papas, y la metrópoli del mundo: los Papas siguen en posesión del derecho de dirigir su palabra á la ciudad y al mundo: *urbi et orbi*.

Según una tradición respetable, San Pedro se retiraba una noche de la moderna Babilonia, y Cristo se le apareció entrando en la ciudad. «Señor ¿adónde vais?» Y Cristo le respondió: «Voy á ser de nuevo crucificado.» Entendió Pedro que Cristo debía ser crucificado en su siervo, y se volvió á Roma para morir y triunfar en la cruz á que le condenó Nerón<sup>2</sup>.

Roma es la ciudad de los Papas, y Pío IX tiene como San Pedro la gloria de la pasión y el honor del Primado.

M. MUÑOZ y GARNICA.

## EL DULCE NOMBRE DE MARÍA



Uy puesto en el orden nos parece que empiecen este artículo algunos Santos Padres y Doctores y nos digan alguna cosa de las excelencias y dulzura que entraña y atesora el nombre de María.

«La Santísima Trinidad te dió, oh María, un nombre superior á todo nombre después del de tu Hijo: para que al pronunciarse tu nombre, doblen la rodilla todas las postestades del cielo, de la tierra y de los abismos.» Así Ricardo de San Lorenzo. (*De laud. Virg. lib. I, cap. II*).

El Beato Enrique Sesón, dice que el nombre de María reanimaba su confianza y amor, hasta desear que el corazón le saliese por la boca entre el regocijo y las lágrimas con que pronunciaba tan amado nombre, el cual como un panal de miel se le derretía en lo interior de su alma; y así exclamaba: «¡Oh suavísimo nombre! ¡Oh María! ¿Cuál seréis vos misma, si sólo vuestro nombre es tan amable y tan gracioso?»

«¡Oh grande, oh piadosa, oh laudabilísima María! exclama San Bernardo. No puede pronunciarse tu nombre sin que nos enciendas en tu amor: no puede pensarse en él sin que se deleiten y consuelen los efectos de los que te aman.» (Apud. S. Bonav., *Spec. cap. VIII*).

No podemos deducir del Santo Evangelio si el

nombre de María fué señalado é impuesto por el cielo, como lo fueron los nombres de Jesús y de Juan. Pero San Antonino de Florencia, dice terminantemente: «El día en que nació la Bienaventurada Virgen, pusieronle sus Padres el nombre de María, en conformidad á lo revelado por un ángel.» (Part. 4, tit. xv, cap. xiv).

San Jerónimo (lib. de *Nat. Mar.*) San Epifanio, (*Or. de Praef. Deip.*), y otros atestiguan que el nombre de María bajó del cielo, y fué impuesto por divina ordenación.

«Con toda propiedad le fué impuesto este nombre santo, dulce y digno como á Virgen tan llena de santidad, dulzura y dignidad. Cuatro acepciones incluye el nombre de María, á saber: *Mar de amargura*, *Estrella del mar*, *Iluminada ó Iluminadora*, y finalmente, *Señora*. Es *Mar de amargura* en sentido espiritual para los demonios; *Estrella del mar* para los hombres por el oficio que con ellos ejerce; *constante Iluminadora* para los espíritus angélicos, y *universal Señora* de todas las criaturas».

(San Buenaventura, *Espejo*, cap. III).

Observa Benedicto XIV con razón, que el nombre de María mereció siempre mucho respeto. Por ello, durante muchos siglos se prohibió á las mujeres, aun las de sangre real, que tomasen este nombre. Así aparece por la historia, que bautizándose una princesa mora para casarse con el rey Alfonso VI de Castilla, éste prohibió que se le pusiese el nombre de María, aunque ella lo deseaba vivamente. En el contrato de boda de la duquesa María Luisa de Nevers y el rey de Polonia Ladislao, se estipuló que la princesa había de dejar el primer nombre, llamándose Luisa solamente. Casimiro I, también rey de Polonia, hizo lo mismo cuando contrajo matrimonio con María de Rusia.

Los Santos Padres y Doctores que quedan citados anteriormente, bien así como muchísimos otros que podríamos aducir, atestiguan á placer la cordialísima devoción que en todos tiempos ha profesado la Iglesia al dulcísimo nombre de María. España, la nación visitada por María en carne mortal, la porción predilecta ypreciado patrimonio de la Madre del Amor Hermoso, debió precisamente llevar la delantera á todas las naciones en la devoción á ese nombre dulcísimo y de tan singular grandeza.

No queremos pasar adelante sin transcribir unos párrafos del docto y venerable P. Nieremberg, que á principios del siglo XVII, escribía lo siguiente en su *Tratado de la afición y amor á María*, capítulo X.

«Finalmente, por todo el mundo se ha esparcido la devoción de María, por todas edades, por todos estados, por todas las naciones, que es lo que profetizó esta Señora diciendo, que porque miró Dios la humildad de su esclava, la habían de decir Bienaventura todas las generaciones; esto es, todas las naciones y en todos los tiempos. Por cierto que en España vemos esto muy cumplido; porque en ella sola hay, habiéndose hecho diligente cómputo, mas de ochenta mil templos dedicados á la Virgen; y apenas hay en ella collado insigne, que no le corone alguna casa ó ermita de María. La piedad antigua de los españoles con esta Señora, se echa bien de ver en el cuidado que tuvieron cuando se perdió España, de no dejar en poder de los moros las imágenes de la Virgen; porque como ellos no consentían la adoración de las imágenes, si bien engrandecen á María, no quisieron dejar á este riesgo aquellos devotos cristianos las imágenes de esta gran Madre de misericordia, sino llevárselas consigo ó las escondieron, y después acá se han hallado muchas milagrosamente, y que hacen grandes milagros, etc.»

No sabemos si ascenderán hoy al mismo número los templos dedicados en España al culto y honor de María Inmaculada. ¡Han sido asolados tantos, como tantos monumentos y recuerdos históricos, por la bárbara piqueta revolucionaria! Motivos hay aquí más que suficientes para llorar nuestra desgracia, nuestros pecados é infidelidades que tan severos castigos han merecido.

Era un templo, era un altar  
Donde llora el desvalido:  
Yo lloré: volví á pasar  
Y era polvo consumido  
Que también me hizo llorar.

(AROLAS.)

Verdad es que muchos se han reparado y otros muchos se han levantado. No han hecho con ello los españoles otra cosa que pagar una pequeña parte de su gran deuda. ¡Ojalá no cesemos nunca de levantar templos y erigir altares á la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, y sir-

<sup>1</sup> Prov. VIII, 27.  
<sup>2</sup> Luc. II, 1.

<sup>1</sup> Serm. LXXXII. in festo SS. Apostol.  
<sup>2</sup> Ambros. Serm. contra Arianismo, n. 14.



va esto de desagravio y recompensa por tanta iniquidades!

Y concretándonos al Dulce Nombre de María, podemos aducir como testimonios de la devoción de los españoles á este nombre tan santo y consolador, la singular é imponderable hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, llamada comúnmente el *Triunfo del Ave María*; los apostólicos trabajos, culto, devoción y confraternidades nacidas al calor de la piedad del Beato Simón de Rojas á honor del Ave María, y sobre todo, la antigüedad y primogenitura de la fiesta al Dulce Nombre de María en nuestra España.

En efecto, gloria es de España, que tantas glorias tiene en el terreno religioso, en que la festividad al Dulce Nombre de María haya nacido en España, y sea tan antigua que se pierda su origen en la oscuridad de los tiempos. Benedicto XIV hace mención de un diploma pontificio expedido en 1513, y dirigido á la iglesia catedral de Cuenca, en el cual se habla de esta festividad y se confirma. Pero indudablemente la institución es muy antigua, y el documento antes citado la encuentra establecida y se reduce á confirmarla.

«De España, dice Benedicto XIV, pasó á otras naciones la festividad del Nombre de María, y se celebraba el día 22 de Septiembre, en conformidad con la opinión de aquellos que juzgan que entre los judíos no se acostumbraba imponer el nombre al recién nacido hasta los quince días del nacimiento. Mas ahora se celebra esta fiesta en la Dominica infraoctava de la Natividad, y las lecciones del segundo nocturno están tomadas de un sermón de San Bernardo. El Venerable siervo de Dios Inocencio XI es el que, por decreto de 1683, mandó que el oficio del Nombre de María se rezase en la Iglesia universal, etc.» (*De festis*.)

El motivo que impulsó al gran Pontífice Inocencio XI, á quien se espera ver colocado en el catálogo de los santos, fué el siguiente. Dejaremos su relación al esclarecido apologista y escritor Gaume.

«El venerable siervo de Dios, el Papa Inocencio XI, declaró obligatoria para la Iglesia universal, por su decreto de 1683, esa fiesta, particular hasta entonces de España, en cuyo mandato, tan agradable por otra parte de ejecutar, es preciso ver un nuevo testimonio del reconocimiento de la Iglesia para con la Virgen Santísima. La Reina de las vírgenes se mostró siempre enemiga personal del mahometismo, grosera religión de los sentidos que quedó ahogada por ella en el siglo XVI, en las aguas de Lepanto. No obstante, el mahometismo, salvado en parte de aquel vasto naufragio, amenazaba nuevamente á la cristiandad. El gran visir fué á poner sitio en 1683 á Viena, uno de los baluartes de la Iglesia, al frente de un ejército formidable. Juan Sobieski corrió á la cabeza de sus polacos en defensa de la ciudad sitiada; en la mañana del día de la batalla se puso, lo mismo que todo el ejército, bajo la protección de la Virgen Santísima, todas las tropas cayeron de rodillas, en tanto que Sobieski oía misa en el convento de los camaldulenses, rezando, mientras duró, con los brazos extendidos en forma de cruz. Allí fué derrotado el gran visir, dijo con profunda verdad un guerrero cristiano. Al salir de la iglesia, Sobieski manda que se toque al arma; los turcos emprenden la fuga llenos de terror y lo abandonan todo, hasta el grande estandarte de Mahoma, que el vencedor envió al Soberano Pontífice como un homenaje á María.» (*Catecismo de perseverancia*, lección 58.)

Añadiremos por nuestra parte que Sobieski, después de haber comulgado, se levantó con decisión y confianza, y dijo en alta voz: «Ahora ya podemos marchar bajo la protección de la Santísima Virgen, con entera seguridad de que no nos negará su asistencia.»

Fué esta gran victoria el día 12 de Septiembre.

No fué ciertamente el sitio de Viena la única ocasión en que María Santísima combatió contra los turcos y en beneficio de la Iglesia. Si no apareciera fuera de propósito y con peligro de fastidiar por el cansancio á nuestros amadísimos lectores, les hablaríamos de la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillon, de la victoria de Juan Huniades en Hungría, de la del rey Ladislao en Buda, de la de Juan de Austria en Lepanto, de la de Eugenio de Saboya también en Hungría, del sitio y libertad de Corfú, etc. Y recordando la sublime epopeya de la reconquista de España del poder de moros, empezáramos por D. Pelayo en Covadonga, y siguiendo por San Fernando en Sevilla y D. Jaime el Conquistador en el Puig y Valencia, terminaríamos con los Reyes Católicos en Granada.

¡España patrimonio de María!

Celebra pues la Iglesia universal la festividad del Dulce Nombre de María, según el decreto de Inocencio XI. Tiene el rito doble mayor: y es su objeto celebrar las grandezas y dulzuras de tan santo nombre, dar gracias á María por su constante patrocinio é invocar su poderosa protección. Entremos de lleno en la mente de la Iglesia; pronunciemos con frecuencia el nombre de María; seamos agradecidos á su maternal amor é invoquémosla en todas nuestras necesidades.

«Refiérese en la vida del Venerable P. Juvenal Ancina, Obispo de Saluso, que al pronunciar el nombre de María percibía una dulzura sensible tan extraordinaria que se lamía también los labios. Se lee igualmente que una mujer en Colonia dijo al Obispo Marsilio, que cuando profecía el nombre de María, sentía en la boca un sabor más dulce que la miel. Y practicándolo Marsilio, experimentó también la misma dulzura.

Mas yo no hablo aquí de esta dulzura sensible, porque ésta no se concede comúnmente á todos; sino de la dulzura saludable de consuelo, de amor, de alegría, de confianza y de fortaleza que este nombre de María comunica comúnmente á todos aquellos que con devoción le pronuncian.» (San Alfonso María de Ligorio, *Gloria de María*, capítulo x.)

Que esté, pues, el dulce y saludable nombre de María en nuestra boca, en nuestro corazón y en nuestra alma durante la vida, y sea este nombre la última articulación de nuestra lengua á la hora de la muerte, como lo deseaba y pedía San Germán.

Terminaremos transcribiendo al papel, y rezando con concordialísimo afecto, la oración propia de la festividad de este día.

«Suplicámoste, oh Dios Omnipotente, concedes á todos tus fieles que ponen con alegría su confianza en el nombre y en la protección de la Santísima Virgen María, que por su intercesión sean libres de todos los males tan frecuentes en la tierra, y merezcan llegar después á la alegría eterna que gozan los bienaventurados en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.» Amen.

M. E. RUIZ.

## NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

APUNTES SOBRE SU CULTO.

### I



ALIDOS rayos de menguante luna plateaban melancólicamente á Barcino en la noche del 1.º al 2 de Agosto de 1218. Suave céfiro mecía las flores de sus jardines y balanceaba las ramas de sus árboles; en calma el mar, lamía sus playas y extendíase en nevada cinta de espuma por sus doradas arenas; un cielo puro y sin la más ligera nubecilla lucía su azul manto de estrellas; los alegres pajaritos recogidos en sus nidos soñaban en sus poéticos amores, y el hombre tranquilamente se entregaba al descanso; ni el más leve rumor se oía, sólo la más tranquila calma y el más profundo silencio dominaban por doquiera.

No obstante ser la hora del reposo, en una de las habitaciones de cierta casa veíase á un hombre sentado en un ancho sillón de vaqueta. No solamente no dormía, sino antes al contrario, mostraba estar muy despierto, pues era continuada la agitación que lo dominaba. Era de regular estatura y de unos 30 años de edad; era simpática su persona, y cautivaba el tinte melancólico que sombreaba su despejada frente. Había nacido á una legua de Castelnau, en el lugar de las Santas Puellas; educado como noble, siguió la carrera de las armas, militando algún tiempo bajo las banderas de Simón de Monfort, conde de Tolosa y duque de Narbona, general de la cruzada contra los albigenses. Habiendo muerto en la batalla de Muret D. Pedro II el Católico, rey de Aragón, y quedado huérfano su hijo D. Jaime, de 7 años de edad, el de Monfort confiaba la educación y gobierno del joven príncipe. Tanto supo captarse la voluntad y estimación de su discípulo, á pesar de la rigidez y severidad de sus costumbres, que aquél le profesó singular cariño y respetuoso aprecio. Al ceñir más tarde D. Jaime la corona aragonesa, pretendió retirarse de su lado, pero no le permitió en manera alguna el nuevo monarca, que le colmó de favores y lo consideró, no como á vasallo, sino como á un amigo fiel y bondadoso.

En nobles ideas inspirábase siempre, de sentimientos dignos revestía su alma y en acendrado amor á sus semejantes derretíase su corazón. Lle-

no de caridad había conseguido establecer una cofradía llamada de la Misericordia, que, protegida por el rey, dedicábase á libertar del yugo sarraceno á algunos de los infelices españoles que gemían en las mazmorras musulmanas. Raro empeño á la verdad era este; se necesitaba ferviente celo, y cuantiosas sumas, por lo que á duras penas la asociación se propagaba. Pensando en la manera cómo ésta podía extenderse y llenar cumplidamente el objeto que se proponía, estaba el tal caballero en el momento que lo hemos avistado. En medio de sus meditaciones y cálculos levantaba á menudo los ojos ante una bella imagen de María que había en uno de los ángulos de la estancia, como pidiéndole le iluminara y le dispensara su eficaz protección. Cuando más agitada se hallaba su mente echando planes, cuando con más fervor parecía rogaba á la Santísima Virgen, oyó un rumor lejano que le hizo sobresaltar algún tanto; extraña claridad notó luego en su cuarto, de dulcísima fragancia vióse perfumado, y armoniosos cantos acompañados de una música embelesadora llegaron poco á poco á sus oídos. Pronto la claridad primera convirtiéndose en un vivísimo resplandor que apenas podían soportar sus negros ojos, ligera nubecilla rodeóle de transparentes gasas, y aromáticas flores cayeron á sus pies.

Explicarse lo sobrenatural que á su alrededor pasaba no podía, ni si era sueño ó realidad lo que notaba, cuando se presentó á sus atónitos ojos una esbelta y hermosísima matrona sentada en un carro de nubes guiado por centenares de angelitos. Blanco era su vestido, haciendo resaltar su tez de un semimoreno encantador; eran sus cabellos más relucientes que del sol los resplandores; sus ojos más bellos que el mar en bonanza; sus labios sonrosados cual rosa en Mayo, y sus dientes menudos copos de pura nieve. Su nariz perfecta, su boca pequeña, perfilados los dedos, torneadas sus manos, redondos los brazos y breves sus pies. En una palabra, era un tipo de ideal belleza, de celestial hermosura imposible de comprender y menos de describir.

«Nada temas — dice con dulce frase y grato acento. — Nolasco, hijo mío, nada temas, que yo soy la Reina del cielo y la protectora del pueblo español. Como un ramillete de místicas flores he presentado á Dios las súplicas que tú y mis queridos hijos me dirigís todos los días. Benévolo las ha acogido, é intercediendo yo para vosotros le he expuesto y él ha en seguida aprobado mi plan. Escucha cuál es este. Fundarás una nueva Orden destinada particularmente á redimir á los pobres cristianos, que lloran en amargo cautiverio, allá donde quiera que sea. Que nada te acobarde, que nada te arredre, adelante siempre, que yo te protegeré.»

Dijo, y un torbellino de perfumadas nubes envolvióla, eclipsóse la luz, los cantos fueron lentamente perdiéndose, y la música, oyéndose cada vez más lejos, acabó por perderse del todo, reinando nuevamente la quietud y la oscuridad en la estancia. Pedro Nolasco, que tal era el nombre del caballero, de rodillas en medio de ella, casi tocando con su frente al suelo, parecía una estatua inclinada sobre el mármol de una tumba. Sólo de vez en cuando alzaba la cabeza, dirigía al cielo los ojos y oprimiendo con las manos su corazón exclamaba con voz trémula y conmovida: «Gracias, Virgen, Santísima, gracias.»

### II

Antes de rayar el alba, Nolasco se dirigía presuroso y radiando de alegría al real palacio.

Al pisar sus umbrales ve dirigiéndose hacia él á un dignísimo varón que gozaba de gran fama. Era descendiente de una nobilísima familia catalana y por su saber y talento habíasele nombrado catedrático de lógica en Barcelona; habiendo abrazado con ardor la carrera eclesiástica, por sus virtudes y méritos confiriósele la dignidad de canónigo arcediano de la catedral de la propia ciudad, y por el aprecio y confianza que tanto el Rey como Nolasco en él tenían, era de ambos padre espiritual. Raimundo de Peñafor, que así se llamaba, era, en fin, una de las más colosales figuras de su época. Comprenderse con eso el placer que sintió Nolasco al hallarse con el docto religioso en uno de los momentos que más necesidad tenía de sus consejos. Bésale respetuoso la mano y estrechando afectuosamente Raimundo las suyas, se apresura á referirle cierta visión y mandato que aquella noche había tenido y recibido de la augusta Señora y que exactamente era igual á la que llevaba á palacio á Pedro Nolasco. Sorprendidos quedaron ambos en gran manera después de haberse referido mutuamente sus celestiales visitas, y gozosos pasaron en seguida á las habitaciones del Monarca, para explicárselas y coordinar la manera de llevar á cabo el plan que se les había confiado. Franqueadas les fueron todas las puertas del regio





CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE ÁGREDA,  
Fundado en 1633 por la V. Madre Sor María de Jesús).

alcázar hasta llegar á la cámara del Rey, al cual hallan sentado en un rico taburete, una pierna sobre la otra, el codo derecho apoyado en la rodilla y la cabeza sostenida por la palma de la mano como si estuviese entregado á serias reflexiones. Era Don Jaime I un joven de apuesta figura, de noble continente, de un valor que nada absolutamente le acobardaba, por lo que estaba ávido de acometer las mayores empresas y deseoso de arrojar á los moros de todo su reino y de los de Valencia, Murcia y Mallorca. Rey verdaderamente popular, por el cual se hubieran sacrificado todos sus vasallos, desde el más altivo noble al más humilde plebeyo. Cifrabanse en él grandes esperanzas que más tarde se vieron satisfechas, y grandes hechos de armas que se vieron cumplidamente realizados y que esa caduca llamada historia que es á la vez manantial de verdades y fuente de desengaños y río de experiencia, descubridora de los hechos pasados, recolectora de los presentes, y guía y mentor para los venideros, tiene escritos en su libro colosal, con letras de oro que entrelazan los inmarcables laureles que el bravo héroe conquistara.

Pronto advirtió D. Jaime la presencia de los recién llegados, á los cuales contó el motivo que, contra su habitual carácter, le tenía tan cabizbajo. Pasmados se quedaron el de Peñafort y Nolasco al escuchar del Rey el relato, y ése por su parte no lo quedó menos al oír igual narración de boca de sus dos amigos.

Y entonces aquellos tres grandes hombres comprendieron todo lo que la celestial Reina quería, y movidos por un mismo sentimiento, dominados por una misma emoción, hincaron sus rodillas, y puestas las manos sobre sus corazones juraron llevar á cabo la empresa que María les había mandado para redimir á los infelices que gemían bajo el feroz yugo mahometano. El Monarca aragonés ofrece para ello su espada y su brazo, Nolasco su oro y sus grandezas y el de Peñafort sus títulos y sus castillos, añadiendo estos dos últimos que allá donde no alcanzasen sus riquezas, allá donde no bastase su oro, irían de casa en casa, de puerta en puerta á mendigarlo, y que si aun mendigando no fuera suficiente, con-

tentos se quedarían en rehenes para lograr la libertad de un solo cautivo y gustosos darían su vida si el quedarse en rehenes no bastara aún.

### III

Singular movimiento se notaba en toda Barcelona el 10 de Agosto, ocho días después del suceso que acabamos de referir, y más particularmente en aquellas calles que conducían al templo de Santa Cruz. Era éste uno de los más capaces y bellos que en ella se levantaban, y que por estar situado en la parte alta parecía dominar á toda la ciudad. No era de muy vieja construcción, puesto que databa del año 1044, en que el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, á quien la historia llama el Viejo, no porque realmente lo fuese, sino por la madurez, tino y sabiduría que le eran notorias, junto con su esposa la condesa Almodis, hizo levantar después de haber derribado el que en el mismo punto existía, por ser insuficiente para contener el gran número de personas que de ordinario á él concurrían, como asimismo lo fué algunos años después el que ahora nos ocupa, que fué también demolido para levantar el que majestuoso se alza en nuestros días.

En la mañana del día citado cobijaban sus naves inmenso concurso, siendo difícil, si no ya imposible, el poder penetrar en él. Cuando la algarabía y la confusión reinaba en sus puertas, por las que á todo trance querían entrar, y más apiñada y sudando á mares estaba la muchedumbre en su interior, un prolongado murmullo levantado de entre ella, al mismo tiempo que acompasados acordes musicales iban sucesivamente acercándose, dejándose ver luego frente la puerta principal el pendón de las gules barras. Entonces, cual si ése hubiera sido la vara de un nuevo Moisés que mandase separar aquel mar de cabezas, éstas se agitaron y en tumultuosas oleadas abrieron canal por el centro del templo, formándose á cada lado apretadísima orilla de carne humana, empezando á desfilar por él larga y lujosa comitiva.

1. Los restos de estos condes descansan en las dos urnas que hay junto á la puerta de la actual sacristía.

Dos portaestandartes, rodeados de guerreros con sus cotas de malla\* y dalmáticas de oro y carmesí, sostienen el de Aragón y el de San Jorge, de cruz roja en campo blanco, siguiéndolos dos sacerdotes con los de la catedral, de cruz blanca en campo de púrpura. Algunos niños, lindamente ataviados, entonan alegres cánticos; tras ellos siguen varias cofradías, asociaciones, gente del pueblo con religiosa y severa actitud, ilustres personajes, próceres, magistrados, abades, Obispos, condes y toda la nobleza aragonesa. Varios soldados hacen vibrar por los aires el agudo sonido de sus cornetas y retumbar el atronador ruido de los atabales por las bóvedas del templo. Dos *ricos-homes* llevan sobre mullidos cojines de brocado verde y plata, la condal garlanda y el cetro y pomo reales, y en medio de ellos camina gravemente el portaespada de S. M. Siguenles los maceros de la Diputación, que alterna con el Cabildo de la santa iglesia, los prohombres, ó sean los representantes del pueblo barcelonés, personas todas á cual más dignas, escogidas por las diversas clases sociales, y que más tarde habían de tomar el título de *concelleres*, los cuales sostienen las varas de riquísimo palio, bajo el cual marcha arrogantemente, alzando su noble frente y con el corazón palpitante de entusiasmo, la marcial persona del rey D. Jaime I. A una respetuosa distancia van Raimundo de Peñafort y Pedro Nolasco, yendo en el centro de ambos el Obispo de Barcelona, Berenguer de Palou. Multitud de graves sacerdotes, apuestos caballeros, ujieres, escuderos, guardias reales y soldados cierran la comitiva en medio de los empujones y codazos de la muchedumbre, que en confuso desorden se precipita tras ellos, cerrando otra vez el paso que momentáneamente abriera.

Llegada la comitiva al pie del presbiterio, se colocan cada cual en los puestos que les corresponden, tomando asiento el Monarca aragonés en su real y majestuoso trono frente al altar mayor, que estaba brillantemente iluminado y adornado, y acto continuo revistióse de pontifical el Obispo Palou. Era éste una persona dignísima, dotada de muy bellas circunstancias, de afable carácter, de noble entereza y de gran caridad. Era el mismo que después





EL ABUELO. — Cuadro de Mr. Fleury Albert; grabado por Fluret. — Premiado en la Exposición de este año en París.



servía con su actividad, con sus consejos, con su pluma, con su brazo y su espada al intrépido rey D. Jaime en sus múltiples conquistas.

Empezó el augusto sacrificio de la misa, mas al llegar al ofertorio se detiene, y entonces sube al púlpito Raimundo de Peñafort. Con frase ora melodiosa como el sonido de un arpa, ora persuasiva como las palabras de un apóstol, ora sombría como las tinieblas de la noche, ora encantadora como un prado lleno de flores, describe á grandes rasgos la gran misericordia, las infinitas *mercedes* que la Reina del cielo dispensaba á España, ya ciñiéndola de laureles, como en las Navas de Tolosa, ya descendiendo en Barcelona rodeada de toda su gloria y angelical corte. Refiere entonces la visión que á un mismo tiempo habían tenido el Rey, Nolasco y él, ordenándoles fundasen una nueva religión destinada especialmente á redimir á los esclavos cristianos que los moros tenían, cuyas penas y martirios trazó en lúgubres pinceladas, manifestando que la ceremonia que en aquel día tenía lugar, era para dar cumplimiento al mandato celestial, fundando una nueva Orden, que se denominaría de Nuestra Señora de las Mercedes, por las muchas que María les prodigaba.

Bajó del púlpito, y dirigiéndose al presbiterio, tomó de sobre una mesa de caoba cubierta de terciopelo carmesí con franjas y fleco de oro, un escapulario ó toga militar blanca, y bendiciéndola el Obispo Berenguer, vistieron con ella, ayudados del Rey, á Pedro Nolasco; concurriendo los cuatro á esta investidura en representación de los estados pontifical, clerical, regio y secular. Pone el Monarca sobre el pecho del profesante el escudo de sus armas que llevaba sobre el suyo, diciéndole ser su real voluntad que los que pertenecieran á la Orden mercenaria lo llevaran siempre en sus togas, y el Obispo Palou ruega á S. M. le permita colocar sobre el escudo de las rojas barras la blanca cruz, insignia de la catedral, en recuerdo de haberse fundado en ella la naciente Orden. Hecha la concesión, Nolasco extiende su diestra sobre el libro de los Santos Evangelios, y jura con voz firme y sonora ya con su oro y el que de limosnas se recogiese, ya con su sangre y su vida, procurar y alcanzar la libertad de todos cuantos cautivos gemían y lloraban en las prisiones musulimes, añadiendo á ese voto los tres establecidos por San Basilio y exigidos en todas las religiones, de obediencia, pobreza y castidad.

Igualmente tomaron el hábito é hicieron los mismos cuatro votos catorce caballeros de muy noble é ilustre alcurnia y de militar estirpe, cuyos nombres eran: Guillermo de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Ramón de Montoliu, Ramón de Moncada, Pedro Guillén de Cervelló, Domingo de Ossó, Ramón de Vilvestret, Guillén de San Julián, Hugo de Mataplana, Bernardo de Seorna, Ponc de Solanes y Ramón de Blanes, que fué el primer mártir de la nueva religión.

Concluyóse luego la solemne misa, y el Rey dió por terminado el acto y fundada la Orden mercenaria.

Un repiqueo de campanas y cimbaillos anunciaronlo á la ciudad, y al instante alegres músicas y afinados coros recorrieron sus calles, que los vecinos empezaban á adornar de vistosas colgaduras llenos de júbilo y entusiasmo. Los vivos del gentío que salía del sagrado templo, los altares que en las plazas se levantaban, en los que en el centro de apiñados ramos de flores y multitud de luces descollaba la imagen de la Santísima Virgen vistiendo hábito blanco, las bien ideadas alegorías á la nueva religión que en otros puntos se manifestaban, daban clara idea del arraigado sentimiento religioso que latía en los pechos barceloneses. Con tres días de grandes fiestas, de públicos festejos, en los que así tomó parte el Monarca de Aragón como el más humilde de sus vasallos, se celebró la instalación de la Orden mercenaria, redentora de cautivos.

Pasado algún tiempo, y cuando ya todo había vuelto á su estado normal, recibióse la noticia de que S. S. el Papa Gregorio IX había, no solamente confirmado y aprobado la nueva Orden, sino que también la había honrado con grandes privilegios é innumerables prerrogativas. Mientras esa nueva se comunicaba por toda la ciudad con la velocidad del pensamiento, D. Jaime I acababa de dotar á Nolasco y á sus compañeros de la privativa de la redención en todo su reino y les cedía regia hospitalidad en su misma morada, dándoles la parte de su palacio que miraba á la *Bajada de la Canonja*, que comprendía el oratorio y hospital de Santa Eulalia, junto con otros vastos departamentos. Semejantes muestras de afecto y consideración por parte del Sumo Pontífice y del Rey, llenaron nuevamente de gozo á los catalanes, que celebraron tan faustos sucesos con nuevos regocijos y populares fiestas, en las que reinó constantemente la más cordial expansión.

(Se continuará.)

B. P.

## A CRISTOBAL COLÓN,

SALIENDO DEL PUERTO DE PALOS, EN SU PRIMERA  
EXPEDICIÓN AL NUEVO MUNDO.



BIZA las turbias olas  
Leve brisa, del piélago espumoso;  
Y en eco rumoroso  
Saludando las playas españolas.  
Flotantes banderolas  
Despliega el viento empavesada nave,  
Frente al de Palos escondido puerto:  
En tanto que veleras,  
Del hinchado canal, antes desierto,  
Con rauda surco y resbalar suave  
La cresta superficie acariciando.  
Dos carabelas rápidas descendiendo;  
Las plácidas riberas  
Al poderoso empuje salpicando  
Hirviendo espuma, que sus proras hienden.

El alma conmovida,  
El pecho ardiendo en generosa llama,  
Avida se derrama,  
De noble impulso en alas conducida  
Inmensa multitud: cual desprendida  
De roto dique la corriente brava,  
Que en anchuroso lago  
El reforzado muro aprisionaba,  
Baja sonante, amenazando estrago,  
A la risueña vega,  
Y el prado inunda y el verjel anega.  
Tal de ciudad vecina,  
Y de campos y pueblos se despoja,  
Oprime la colina,  
Los anchos valles y llanuras cuaja,  
En confuso rumor falange espesa;  
El puerto invade, al espolón se lanza.  
Contempla absorta la gigante empresa,  
Con aheloso afán bulle y se agita,  
Y entre asombro, placer, duda, esperanza,  
¡Colón! ¡Colón! alborozada grita.

¡Colón!!! antes al mundo,  
En lóbrega tiniebla sepultado,  
Escondida Febo airado  
Su limpio rayo y esplendor fecundo,  
Que tu nombre ¡oh Colón! y heroica hazaña  
La noble patria mfa  
Pueda olvidar; é intrépidos varones,  
Canos, Aranas, Sánchez y Pinzones  
Y tantos otros que á la mar bravía,  
Mundos buscando que ofrecer á España,  
De tu arranque magnánimo inflamados  
Sus pechos opusieron;  
Y en fervido entusiasmo arrebatados  
La cruzada oceánica emprendieron.

¡Parte, genio divino!  
Ya del viejo castillo en alta almena  
Con torrentes de luz flotando brilla  
La enseña triunfadora de Castilla:  
Ya herido el bronce truena,  
Présago de tu espléndido destino;  
Respondiendo arrogante al bronco acento,  
En cavernosas sirtes repetido,  
Sordo mugir del mar embravecido,  
Fiero bramar del aquilón violento.

¡Parte! ese hirviente abismo  
Que rechazarte horrísono porfia,  
Y de tu mente el lumínar fecundo  
Con sus soberbias ondas desafia;  
Que su furor opone á tu heroísmo,  
Y al eco ronco del cañón responde,  
Debe á España un Imperio, á Europa un mundo  
Que en sus remotos términos esconde.  
Allí lauro esplendente  
En virgen suelo y deliciosas playas  
Te ciñen las Lucayas,  
Centinelas de inmenso continente  
Que avaro el Ponto en sus abismos cela,  
Allí tornando en lúgubre gemido  
La onda fiera su horrísono bramido,  
Bajo tus plantas su cerviz inclina;  
De sus senos brotando la Isabela,  
El Salvador, y Cuba y Fernandina,  
Mientras á Europa voladora fama  
Lleva tu nombre y su ambición inflama.

En pos de ti esforzados  
Miro avanzar egregios campeones.  
Del orbe pasmo si de España gloria,  
Y en su fe y en su aliento arrebatados  
Que sumisa obedece la victoria,  
Hallar, vencer, domar fieras naciones.  
Los flotantes pendones  
Cortés descoge al viento;  
Y del bronce al estruendo fragoroso  
Que en Tabasco y sus cóncavas retumba,  
Méjico treme en mal seguro asiento,

Y húndese y cae el secular coloso,  
Herido en Chalco, Valtocán y Otumba.  
Audaz Balboa, de rencor villano  
Victima ilustre, en el Darién descuellas;  
Y abre el primero al pabellón hispano  
Del mar del Sur la suspirada huella.  
Allá Pizarro guía  
Vence en Tumbez, el Cuzco enseñoorea.  
Regia mansión del inca poderoso,  
Fatal teatro de discordia impía;  
Y su pendón, en Charcas victorioso,  
Tremola en Quito, en Popayán ondea.

Tuyos, Colón, la historia  
Pregonará esos lauros recogidos  
Allí do un mundo adivinó tu mente;  
Tuyas descollarán de gente en gente  
El alta prez é inmarcesible gloria  
Sobre cuantos, en mármol esculpidos,  
Eternos vivan á la edad futura,  
Grandes, heroicos, inclitos varones  
Que ciencias, artes, religión, cultura  
Plantaron en recónditas regiones.

¡Salve, feliz mortal! triste yacía  
En tenebrosa noche sepultada,  
Al horror entregada  
De sangrienta y feroz idolatría,  
En pueblos ciento y razas numerosas  
Miseria descendencia embrutecida.  
Por bosques y quebradas esparcida  
O en tribus y ciudades populosas:  
Mas á tu fe y arrojo y heroísmo  
Rasgado el seno del temido abismo,  
Vió la pasmada Europa cuál se abrían  
En nuevos mares rumbos no probados,  
Y á tu firme constancia  
Derrocados cedían,  
Su impura faz velando avergonzados,  
El torpe error y estúpida ignorancia.

¡Salve otra vez! en vano  
Su error llore Liguria, si orgullosa  
De un hijo el alto dón rechazó altiva;  
Y llamada á ser grande y poderosa,  
Hoy pobre y débil, ya que no cautiva,  
El cetro acata de extranjera mano.  
También acose al fiero lusitano  
Que de sus Quinas con razón blasona;  
Recuerdo amargo de mortal despecho,  
Al contemplar perdida  
La que tu noble generoso pecho  
A su ambición brindó, rica corona,  
Y hoy es florón en otra esclarecida.  
Próspera en tanto venturosa España,  
De uno al otro hemisferio  
Su poder y sus glorias dilatando,  
Deba á tu genio el colosal Imperio  
Que, domada del piélago la saña,  
Audaz mostraste, oh intrépido marino;  
Y pujante, dos mundos abarcando  
La garra del león, al orbe asombre,  
La fama eclipse y el poder y el nombre  
Del celebrado pueblo de Quirino.

Empero refulgente  
Aurea corona y timbres eternos,  
Inclita prez y lauros inmortales  
Decoren de Isabel la regia frente.  
¡Gloria, honor á Isabel!; mientras seguro  
Sobre ejes de diamante  
De Dios al soplo el universo gire,  
Y su furor quebrante  
Y sus hondas el piélago retire.  
De blanda arena ante el endoble muro,  
Volará eternamente repetido  
Su augusto nombre en lenguas de la fama.  
Grandioso, esclarecido:  
Y de heroica virtud la rauda llama  
Que ardió en su corazón, abrió su mano,  
Noble mostrando, generosa y pia,  
Que en este arranque de heroísmo hispano  
La Religión al genio comprendía.

J. M. A.

## CELEBRACIÓN DEL SÍNODO DIOCESANO

DE VALLADOLID.



ESTE memorable suceso que de algún tiempo á esta parte era objeto de nuestra esperanza, se ha llevado á cabo con el mayor júbilo del Clero y fieles de la Diócesis, terminados los santos ejercicios espirituales con que los ministros del Santuario, agrupados



en torno de su dignísimo Prelado, se prepararon convenientemente.

El día 10 del corriente á las siete de la mañana se dió principio á las horas canónicas en la S. I. M. Entretanto se reunió el Clero que debía asistir al Sínodo. A las ocho salió la procesión en el orden siguiente: Cruz de la Catedral; á ella seguan vestidos de sobrepelliz el Clero regular y secular, con el Seminario Metropolitano, Coadjutores, Eónomos y Párrocos de fuera de la ciudad con sus Arciprestes. Cabildo menor de Párrocos de la capital con su Abad: todos los que tienen cura de almas llevaban estola encarnada; los Arciprestes, preciosa. Clero catedral: los Beneficiados con capas de seda; los Sres. Capitulares, pluvial con ramaje de oro. Preste y Diáconos de oficio y de honor, con ornamentos para el Pontifical. Salió por la puerta principal dirigiéndose al Palacio Arzobispal cuya plaza y calles afluentes estaban llenas de un inmenso concurso. Sus balcones ostentaban colgaduras, en la capilla se hallaba el Rvmo. Prelado y en el salón de recepciones las autoridades y comisiones invitadas á la ceremonia.

Revestido el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, entonó el *Veni Creator* y con el mismo acompañamiento y la cruz Arzobispal que llevaba el crucero de dalmática, cantando los himnos de rúbrica se dirigió al santo templo metropolitano.

En la Catedral tomaron asiento los Sres. Párrocos en el espacioso plano delante del presbiterio, y dió principio la Misa Pontifical de *Spiritu Sancto* á grande orquesta. Después de ella se cantó el Salmo 68 y una tierna deprecación, á la que siguieron las letanías con la bendición al Sínodo, y después del Evangelio señalado para esta sesión salieron de la Iglesia los que no pertenecían al Clero, cerrándose las puertas.

S. E. I. entonó el *Veni Creator*, terminado el cual subió á la Sagrada Cátedra, pronunciando una magnífica oración inaugural en latín, proponiendo el objeto del Sínodo é invocando las luces del Espíritu Santo y la protección de la Santísima Virgen María y de San Pedro Regalado, patrono del Arzobispado.

Colocado el S. Concilio Tridentino en la mesa presidencial se leyeron los decretos de *Synodi inceptio, de modo vivendi Synodi tempore, de Officialibus, de prejudicio nemini inferendo, de deferendis quaereliset excusationibus absentium, de non discedendo, y de publica oratione*, con los del Concilio de Trento sobre celebracion de Sínodos y residencia.

Acto continuo tuvo lugar la profesión de fe, tanto del Prelado, según su fórmula especial, como del Clero, según la de Pío IV con la adición prescrita por Pío IX.

Ocupando el Rvmo. Prelado Presidente su asiento, quedaron instalados en sus puestos los oficiales del Sínodo, que fueron el M. I. Sr. Provisor y Vicario General Metropolitano, como *Judex quaerelarum* y para dar licencia de salir cuando fuere necesario; el Sr. Arcediano como Promotor para pedir la lectura de documentos, proceder á los actos y suspensión de sesiones; el Sr. Arcipreste como Notario para levantar las actas, y el Sr. Canónigo Doctor D. Juan Soldevila como Secretario, teniendo todos sus mesas y los dos últimos con sus auxiliares, que fueron el Sr. Beneficiado D. Ildefonso Población del primero, y el Beneficiado D. Rafael Peláez y el Sr. Niceto Fernández, Catedrático del Seminario, del segundo. A todos los oficiales acompañaba el Sr. Beneficiado Maestro de ceremonias de la Santa Iglesia Metropolitana, en traje coral, para ir y volver de sus puestos.

Asimismo se nombraron tres *Judices excusationum*, Sres. Doctoral, Fiscal Eclesiástico y Párroco de San Miguel; cuatro *Praefecti disciplinae pro Clero urbano*, Sres. Dr. D. Melchor Serrano y D. Eustasio Carnero, Canónigos, y los Párrocos de Santiago y San Lorenzo de la capital; tres *pro Clero externo*, señores Arcipreste de Medina del Campo y Párrocos de Nava del Rey y Pedraja; tres *Procuratores*, señores Canónigos Dr. D. Domingo Elizondo, D. José Rodríguez Pellicer, y Sr. Arcipreste de Simancas; y cuatro *Ostiaarii* para cerrar las puertas al salir los fieles, Sres. Sacristán Mayor de la Catedral, Párroco de Villavieja, Eónomo de Renedo y de Villanueva de Duer o.

El presbiterio ofrecía un imponente golpe de vista, con la simétrica distribución de Capitulares y oficiales revestidos con ornamentos encarnados, luciendo el frontal y adornos de plata en el altar y las riquísimas colgaduras bordadas de oro en el sol o y en las paredes.

El Sr. Secretario del Sínodo subió al púlpito y leyó los nombres de los Sres. Examinadores y de los Jueces Sinodales, preguntando á cada nombre: *placent ne vobis?* á lo que todos contestaron: *placet*. Inmediatamente prestaron el juramento de *munere*

*fideliter exercendo*. Tanto los nombramientos como los nuevos casos reservados habían sido propuestos al Cabildo en una reunión preliminar por S. E. I.

Como se llegó á la hora de las doce, se decretó á instancia del Sr. Promotor nueva sesión por la tarde á las cuatro. En ella se principió la lectura de las Constituciones, que duró hasta las seis y media. Leído el decreto de suspensión de la sesión, subió al púlpito el Sr. Canónigo D. Gumersindo Océ, Maestro de ceremonias del Sínodo, y cantó las tres deprecaciones por el Sínodo, por el Papa y por el Prelado, haciendo pausas y terminándose con la bendición pontifical.

El segundo día á las ocho de la mañana se presentó en la S. I. M. el Rvmo. Prelado, que fué recibido en la puerta mayor por el Ilmo. Cabildo, tocándose las campanas y el órgano. Hecha breve oración ante el Santísimo en la Capilla parroquial, se dirigió al Presbiterio, ocupando el solio vestido de pluvial negra, mientras se cantó la misa *por Episcopis et sacerdotibus defunctis*. Los Sres. Párrocos estaban en sus asientos; S. E. I. ofició en el responso.

Luégo después de las preces, Evangelio y *Veni Creator* salieron los seglares y á petición del Promotor siguió la lectura de las Constituciones, que duró hasta las doce. Por la tarde se repitió la sesión con las mismas ceremonias hasta las seis, terminando con otras tres deprecaciones alusivas á los trabajos del Sínodo.

El tercer día se siguieron las mismas prácticas, siendo la Misa del día y rezada. Acto continuo se hizo saber al Sínodo que se había impetrado la bendición de Su Santidad, y se leyó estando todos en pie, la expresiva contestación comunicada por conducto del Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado.

Hé aquí su texto:

Roma, 11 de Agosto (5-30 tarde).

«Arzobispo de Valladolid:

«El Santo Padre, que espera copiosos frutos del Sínodo ahí reunido, bendice de corazón á cuantos toman parte en él, alaba los sentimientos de que se hallan animados, é invoca sobre ellos la plenitud de las celestiales luces y de las divinas gracias.

»L. CARDENAL JACOBINI.»

Después de esto y de las preces se abrió la sesión, pronunciando un elocuente discurso en latín el Sr. Canónigo Lectoral, que tomó de escogidos textos de la Escritura, muy oportunas reflexiones para explicar las excelencias del cargo pastoral.

Seguió la lectura de las Constituciones suspendiendo la sesión á las doce, que prosiguió á las cuatro y media hasta las siete de la tarde, acabando con otras tiernas deprecaciones.

El cuarto día se cantó á grande orquesta la Misa de *Trinitate* en acción de gracias. Después de las preces se abrió la sesión y terminó la lectura de las Constituciones á las diez. En seguida el Notario pasó la lista y todos prestaron la obediencia, acercándose á besar el anillo pastoral.

El Rvmo. Prelado subió al púlpito, y después de una breve oración latina leyó la consagración del Sínodo y de la Diócesis al Sacratísimo Corazón de Jesús, cuya fórmula repitieron llenos de emoción todos los concurrentes. Después de ella, y publicando el decreto de conclusión se abrieron las puertas de la iglesia, y un vuelo general de campanas anunció el *Te Deum*, que entonó el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo y cantó la orquesta.

S. E. I. bendijo solemnemente á todos, y leídas las indulgencias, el Maestro de ceremonias del Sínodo cantó las siguientes

#### ACCLAMATIONES.

Benedictus sit Deus Pater, Unigenitusque Dei Filius, Sanctus quoque Spiritus, qui fecit nobiscum misericordiam suam.

Rf. Sit benedictus, laudatus et superexaltatus in saecula.

Beatissimae Virgini Mariae, sine labe originali conceptae, benignissimae Hispaniarum Patronae, Beato concivi et Protectori nostro Petro Regalato, coeterisque Sanctis qui civitatis et Dioecesis ornamentum sunt et decor, sit laus et gratiarum actio in saecula.

Rf. Amén, Amén, Amén.

Amantissimo Patri et Domino nostro Leoni XIII, Pontifici Maximo, splendidissimo sapientiae suae lumine Pontificum gloriam amplificanti, errorum tenebras ubique terrarum offussas discutienti, sit salus

á Deo, triumphus, victoria, regnum diuturnum, et longaeva in pace prosperitas.

Rf. Dominus conservet eum et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat, eum in animam inimicorum ejus.

Archiepiscopo nostro Benedicto, disciplinae nostrae studiosissimo, Cleri et populi amatori, gratia a Deo, et copiosa benedictio.

Rf. Gratia et benedictio. Deus eum sospitet et sanctificet, et beatum faciat in regno coelorum.

Capitulo Metropolitano, Civitatis et Dioecesis nostrae Clero et populo universo sit benedictio a Deo de rore coeli, et de pinguedine terrae.

Rf. Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic haereditati tuae, et rege eos, et extolle illos usque in aeternum.

Decretis hujus Synodi salutarem observantiam; omnibus huic Synodo interfuerunt, illis praecipue qui ei operam intulerunt, pacem, salutem et vitam aeternam concedat omnipotens et misericors Dominus.

Rf. Amén, Amén, Amén.

No se borrará el eco de estas tiernas deprecaciones, que se repartieron impresas y cuya contestación salía de los corazones más enfervorizados con indescriptible entusiasmo.

Con esto se dió por terminado el Sínodo, acompañando todo el Clero con el Cabildo al Reverendísimo Prelado al Palacio Arzobispal.

En el siguiente día el Ilmo. Cabildo, Sres. Beneficiados, Párrocos de la ciudad y Arciprestes estuvieron á felicitar á S. E. I. por haber llevado á cabo una empresa tan gloriosa como el Sínodo Diocesano.

(Del Boletín Eclesiástico.)

## ¡SI YO TUVIERA MADRE..!

### CUENTO

Á MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### IDILIO

##### I



RESCA y hermosa está la mañana de Mayo! En el despejado cielo, de purísimo azul, osténtase el sol derramando sobre el valle oleadas de luz espléndida; poco á poco se desvanece á lo lejos la nieblecilla que envuelve las vecinas sierras con su impalpable gasa azulada, al través de la cual luce el bosque el verdor y lozanía de sus hojas nuevas; brillan reflejando los colores del iris los sutiles hilos de araña que ondulan por el aire y las gotas de rocío que se balancean en el cáliz de las flores; embargan los sentidos de mil diversas maneras los trinos de los pájaros en los árboles y los zumbidos de los insectos en los remansos del arroyuelo, que con suave rumor cruza la extensa pradera, de brillante verde esmeralda, salpicada de margaritas con sus dorados botones y su corona de hojitas blancas bordeadas de encarnado. Todo es luz, aromas, cánticos y rumores, movimiento y vida en el vallecito, donde se asienta una importante villa de la provincia de Soria.

Ligeros como mariposas recorren la pradera un niño y una niña de cortos años, pues no pasará de cuatro la niña y de cinco su hermanito, porque hermanitos son, y bien se echa de ver con sólo mirarlos á la cara. Ambos lindísimos como un par de dijes, con hermosa cabellera rubia, esmeradamente peinada, y cuyos naturales rizados tiemblan y se mecen suavemente con sus rápidos movimientos; ambos con un par de ojos azules como el cielo, inocentes como los de un ángel, brillantes con el reflejo que presta la felicidad; ambos sonrosados y blancos, alegres y juguetones, bien lavaditos, y con vestidos modestos pero tan limpios, que indican la solícita intervención de una mano cariñosa.

— Ángel, ¿vamo á cogé rosita? — decía la niña con gracioso ceceo y no menos graciosa media lengua.

— Sí, á coger rositas para la Virgen — respondió empezando la operación el niño.

— ¿E buena la Virgen, Ángel?

— Sí, Serafina, que lo ha dicho la mama.

— ¿No quiele mucho?



— Sí, quiere mucho á los niños que son buenos.  
 — ¿Vamo á quedela tamién nozoto?  
 — Yo sí la quiero mucho, ¿y tú?  
 — Yo tamién.  
 — ¿Cuánto?  
 — Muchote, muchote.  
 — ¿Como á la mama?  
 — Zi, y como al papa.  
 — ¿Y como á mí?  
 — Tamién.  
 — ¿Y á mí me quieres mucho?  
 — A ti mucha... mucha... mucha arroba.  
 — ¿Por qué, Serafina?  
 — Poque dice la mama que *quie*la muchó á los

Angelito.  
 — Es muy bonita la Virgen ¿verda, Serafina?  
 — Y la *quie*le mucho la mama... y el oto día la poní una *rosita*... ¡hui, qué maja la *poní*...!  
 — Tamién hoy estará maja con estas rositas; ya verás, ya verás.

Y palmoteando de alegría al pensar en lo bonita que iba á estar la Virgen con las *rositas*, como en nuestra tierra llaman los niños á todo género de flores, al modo que llaman *sapitos* á todo género de insectos, empezaron á coger margaritas, que la niña amontonaba en su delantalito.

A un corredor de madera que daba á la pradera se asomó una mujer joven, de hermosas facciones, rubia y de ojos azules como los niños, á los cuales contempló un rato con delicia y sonrisa cariñosa, después de lo cual los llamó diciendo:

— ¡Serafina...! Angelito...! vamos á almorzar, hijos míos.

Tenía aquella voz un timbre purísimo y algo de la dulzura de la tórtola; pero tenía sobre todo, esa inflexión suave y amable que sólo tiene la voz de una madre.

Los niños recogieron sus flores, y enlazando las manos subieron la escalerilla que conducía al corredor, donde su madre los recibió con tiernos abrazos y besos, reduciendo al orden algún mechoncito de pelo que se había sublevado, limpiándoles las narices con el delantal, arreglándoles alguna arruga de la ropa, quitándoles la más leve mota de polvo que en ella se descubría, colmándolos, en fin, de esas solicitudes y esas caricias que sólo conocen las madres, y trabando con ellos una de esas interminables conversaciones propias de ellas y los niños, y que sólo ellos pueden seguir; los llevó á la habitación, sencilla, pero cuidadosamente amueblada con dos baúles, una mesa con tapete verde y cubierta de hule de complicados dibujos, seis sillas ordinarias, sus cortinas blancas de punto, limpias y esmeradamente planchadas, sujetas en su parte inferior con dos clavos romanos, y que cerraban la alcoba matrimonial, y al otro lado otras dos cortinas encarnadas cerrando otra alcoba para los niños. Entre las dos alcobas está la puerta que comunica con la cocina, alacena y demas dependencias de la casa, y enfrente de ella la puerta-ventana que da paso al corredor. En una rinconera, tallada en su parte delantera con graciosos calados, está en la parte de atrás una bandeja de canto; delante y á los lados copas de vidrio con flores en agua, rodeando una estatuita de yeso de la Virgen del Pilar. Algunos cuadros de marco encarnado que representan episodios de la vida de Santa Genoveva, y un espejo de la misma clase cubren las paredes de la habitación; en los lienzos laterales descuellan otros dos cuadros mayores, en posición diagonal, con lujoso marco de nogal é incrustaciones de pino perfectamente barnizados, uno de nuestra ilustre paisana la venerable Madre María de Jesús de Agreda, á quien por nuestra tierra se tiene gran devoción, y el otro de San Saturio, patrón de Soria, y también gloriosísimo paisano nuestro. Sobre la puerta de entrada hay otro cuadro negro del Santo Cristo de Burgos.

Todos los cuadros son objeto de la devoción de los felices moradores de la casa; pero la Virgencita del Pilar es á la que profesan especial cariño, como demuestran las flores de que rodean su imagen.

Andrea, que así se llama la madre, tomó las margaritas que traían sus niños, y escogiendo las que tenían el *rabo largo*, como decían los tres, formó dos ramilletes que puso en otras dos copas con agua, y colocó á los lados de la Virgen. Apartóse para contemplar el efecto de su obra, y los niños saltaron de alegría al ver lo maja que estaba la Virgen con sus rositas.

— Hijos míos — decía Andrea — la Virgen es muy buena, muy buena, y quiere mucho á los niños.  
 — Tiene un niño *mu bonito*, mame — dijo la niña.

— Ese niño es suyo, hija mía, y es Dios, y ella le quiere mucho... y un día, cuando el niño había crecido, crecido, y se había hecho hombre, vinieron

los judíos y se le quitaron á la Virgen, y le mataron.

— ¡Qué malos, mama!  
 — ¿Cómo le pusieron, hija mía, cómo le pusieron?

— Así, contestó la niña mirando al Santo Cristo de Burgos y extendiendo los brazos.

— ¿Y cómo hacían los judíos, Angelito?

— Así, dijo el niño torciendo la boca y los ojos y levantando las manos en la actitud amenazadora de los sayones que había visto en la iglesia.

— Y á ver tú, Serafina, á ver si sabes cómo estaba la Virgen cuando mataban á su hijo.

— Estaba llorando y con *siete epada* en el pecho y así — respondió la niña enlazando los dedos de ambas manos y levantando al cielo los ojos en la actitud en que pintan á la *Dolorosa*.

— Lloraba la pobrecita porque mataban á su niño... ¡Ella que le quería tanto...! Y era inocente, hijos míos, y le mataban porque nosotros somos malos... Y desde entonces la Virgen es madre de todos los hombres, porque se lo encargó su niño al morir... Y tiene compasión de los pobrecitos y de los desgraciados, y cuando lloran, ella los consuela.

— Pero ya no llora, mama — observó el niño.

— No, hijo, porque su niño, que es Dios, se la llevó al cielo, y allí todo lo que pide la Virgen, se lo concede... Pero también llora cuando son malos los niños, porque los quiere mucho y quiere que sean buenos.

— Nosotros seremos buenos para que no llore la Virgen, ¿verda, Serafina?

— Zi. Mira, mama, la *Vigen se rie*, y el niño *tamién*.

— Porque sois buenos niños. Pero si hacéis alguna cosa mala, veréis cómo lloran los dos.

— No la haremos, mama.

— ¿Qué haréis?

— Rezar mucho á la Virgen — respondieron los niños.

— ¿A ver si sabéis?

Angelito y Serafina se pusieron de rodillas con su madre delante de la Virgen, con las manitas juntas, y los tres rezaron la *Salve*.

## II

— Jesús, Jesús; pero mujer... pero Andrea... pero Jesús... ¿te has dormido, ó qué haces?... ¡Virgen Santísima, la cachaza que se estila en esta casa...! ¡Para mi genio...! ¡A mi difunto podía frsele con esas...! ¡Jesús! que tenía un genio como la pólvora...!

Así venía rezando pasillo adelante hasta la habitación, una anciana de enjuto rostro y cabellos entrecanos que asomaban por debajo del pañuelo que llevaba en la cabeza, cuya extremidad anterior venía arreglándose, y cuyas puntas se ataba debajo de la barba.

— ¡Abuelita, abuelita! — gritaron los niños corriendo á su encuentro.

— ¡Mí si lo decía yo...! — refunfuñó la abuela.

— *nd...* la que digo... ahí hecha una boba con el canasto de las *crias*, que es lo más madrona... y el almuerzo que se enfrié... y luego las culpas á la tía *Meregilda*... ¡Pero Jesús, mujer, que tienes menos juicio que las criaturas! — añadió al llegar adonde estaba Andrea.

— Vamos, madre, que no es la cosa para apurar-se tanto.

— ¡Jesús! — exclamó la tía *Meregilda* volviendo á anudarse sin necesidad el pañuelo — ¡y la mesa puesta hace dos horas, como quien dice!

— ¡Vaya, que si se pone usted á ponderar!

— Hija, es un decir, y quien dice dos dice media.

— Sí, y también cinco minutos.

— Abuelita, estábamos rezando á la Virgen — dijo Angelito.

— Eso bueno es; pero cada cosa á su tiempo y los nabos en Adviento, Andrea... No... y la verdad es que la Virgen es bonita... ¡Jesús si es bonita...!

Y aquí la buena abuela empezó con los niños otro diálogo interminable, coreado por Andrea, acerca de las excelencias de la Virgen y del niño, á quienes dió ruidosos besos entre un millón de exclamaciones, haciendo que también los niños besasen ambas imágenes.

— Vaya, madre, que ahora no soy yo la que tar-do — observó Andrea.

— Calla, mujer, calla, que esta Virgencita y estas *crias* del canasto la vuelven á una loca, loca, vamos, no hay más.

Antes de pasar adelante, debo poner en tu conocimiento que Andrea es la esposa de un honrado carpintero con sus puntas de ebanista, cuya habilidad atestiguan los dos lujosos marcos y la rinconera de que te he hablado. Mientras ocurría lo que acabo de relatarte, Antonio, que así se llamaba el carpintero, estaba en su taller, situado en el piso bajo, trabaja que trabaja y canta que canta, ganando de

comer como Dios manda para tapar las seis bocas de la familia, ó sea, su madre, la anciana tía *Hernegilda*, ó como allí la llaman, tía *Meregilda*, Andrea, los dos niños y él.

— *Andandín*, familieja, que se enfriá el almuerzo — dijo echando á andar y volviendo á anudarse el pañuelo la tía *Meregilda*.

— Abuelita — dijo la niña — yo *quie*lo que venga la *Vigen á almosá*.

— ¡Jesús! ¡La ocurrencia de la cría! ¡Si no come la Virgen!

— Antonio, á almorzar — dijo Andrea desde el pasillo.

— Papa... papa, á almorzar — repitieron los niños.

— Allá voy — contestó Antonio sin dejar el trabajo.

— ¡Allá voy! — dijo también con un agudo ladrido y presentándose como por encanto *Colín*, gracioso perrito microscópico, suelto y corretón como una lanzadera, listo como una ardilla, rabricorto, de color de canela, con dos motitas blancas encima de los ojos.

Colín, con atiplados y suaves ladridos, *sin dar pas* á la cola, empezó á bullir y rebullir y hacer la rosca á Andrea, y muy especialmente á los niños; saltaba como un mono, se ponía en dos pies y les lamía la cara, daba una carrera circular alejándose de ellos con las orejas muy echadas para atrás, y volvía á saltar á su alrededor, y á lamerles y á agazaparse y á correr de nuevo, sin duda para hacer algo de provecho mientras á su señor amo no le daba la real gana de tirar los chismes y subir. Porque, eso sí, otras dos veces tuvo que llamar Andrea á Antonio, y por si no era bastante, otras tantas bajó *Colín* á la mitad de la escalera ladrando á su amo estas ó parecidas palabras:

— Pero hombre, no tengas esa cachaza, que toda la familia estamos con el estómago como un farol.

— Verás, verás la cachaza que me gasta tu marido — refunfuñaba la tía *Meregilda* poniendo la mesa: — ¡Jesús, qué poco se parece en eso á su padre y á su madre!

Subió por fin Antonio, á quien Colín venía bailando la rueda, y entraron en la extensa cocina, donde la abuelita tenía ya puesta la mesa.

La satisfacción de Colín fué extraordinaria cuando oyó el ruido de los taburetes y de las cucharas. Fué uno por uno saludando á todos, con la boca llena de risa, y no sabiendo ya cómo expresar su alegría, se puso de manos en el borde del escaño donde estaba acurrucado *Furruñas*, diciéndole:

— Adiós, compadre; — ¿qué tal de la vista acá?

*Furruñas*, que era un gato negro, viejo, y como tal, marrullero y de muy malas pulgas, le contestó bufando:

— ¿Tiene usted ganas de buscar tres pies al gato?

— No te enfurruñes, camarada, que *Furruñas* habías de ser: echa esos cinco — añadió Colín acercándose más y riéndose con dobles ganas.

*Furruñas* le echó los cinco efectivamente; pero fué clavándole las uñas en el hocico. El gato se plantó de un salto en el sitio opuesto, y el perro, resignándose con su suerte, después de las primeras impresiones, se sentó á esperar el almuerzo, filosofando entretanto sobre el tema siguiente que murmuró para su pellejo:

— De desagradecidos está lleno el mundo.

El almuerzo empezó con la bendición de costumbre, siguió con el apetito de siempre y terminó con la satisfacción de todos los días. Serafina tomó en brazos é hizo participar de su ración á Colín, que con la más cargante sonrisa miraba al gato de soslayo, como si le dijera:

— Esto no se hace contigo.

— ¿Cómo que no — le contestó mentalmente *Furruñas*: — *agora lo veredes*... ¡miau, miau, miarra-miau!

Serafina empezó á halagar al gato, le puso sobre sus rodillas é hizo con él lo que Angelito con el perro. Colín sintió picado su amor propio, y deseoso de distinguirse en algo, empezó á lamer la cara al niño, y el niño á besarle; pero *Furruñas* que no quería que su rival le echase la pierna, frotó suavemente con la cabeza y el lomo la barba de Serafina, y con sus ronquidos cantó soberbiamente el *trágala* á Colín por los besos con que le obsequió la niña.

— Vaya — pensó Colín — al más prudente es á quien toca ceder: está visto que en esta casa reina la *igualdad ante el almuerzo*.

Alzados los manteles, encendió un cigarro Antonio, y Andrea y la tía *Meregilda*, sentadas en sus taburetes, se pusieron á coser, la segunda con enormes anteojos acaballados en la punta de la nariz. Colín se enroscó á dormir debajo del asiento de Antonio, y lo mismo hizo *Furruñas* debajo de un escaño. Angel dijo á su hermanita:

— ¿A que no me buscas?



— ¿A que sí?

Buscándose uno á otro, dieron varias vueltas con gran risa y algarazas al rededor de Antonio, que cogiendo á la niña, y haciéndola dar una vuelta del revés, la puso enfrente de su hermano sorprendiéndole. La niña gritó:

— Te *buqué*, te *buqué*...! Ara tú á mí.

Y vuelta á girar y vuelta á cogerse por la mediación del padre. Sólo que la niña no se dió por vencida cuando se encontró de repente con su hermano, pues echándose el delantal sobre la cara le dijo:

— ¡Uh...! ¡uh... que no me ve!

Separáronse los dos niños. Angelito tendió los brazos á su padre diciéndole:

— *¡Ápame!*

Antonio le puso sobre sus rodillas, y el niño, tirándole de las puntas de los bigotes, le dijo sigilosamente al oído:

— Yo quiero un cigarro.

— Abuelita, *lo antiojo*, — dijo Serafina acercándose á su abuela.

— Mire usted el antiojo de la cría — contestó la abuela: — toma los anteojos: ¿y ahora cómo voy á coser yo?

— Papa, papa — mírame con *lo antiojo* de la abuelita.

Las carcajadas fueron grandes al ver la figura que hacía aquella carita tan linda y tan mona con los descomunales anteojos.

— ¿Cómo enhebra la aguja la abuelita, hija? — le preguntó Antonio.

— *Así*, respondió la niña arqueando enormemente las cejas, echando atrás la cabeza y haciendo con las manos como que enhebraba la aguja á media vara de distancia de los ojos.

— ¡Jesús...! Ha visto usted la bribona, pícara, cómo se burla de su abuelita? — gritó la tía Meregilda, mientras Andrea y Antonio se desternillaban de risa.

Serafina corrió á abrazarse á su abuelita riéndose y dándole los anteojos, y la tía Meregilda, completamente desarmada, se contentó con vengarse dándole tres ruidosos besos, y diciendo á la vez que se los daba:

— Toma, toma, toma, pícara, zalamera, gitana, más que gitana, que no te puedo ver!

Serafina se fué donde estaba su madre y le dijo: — Mama; ¿me *está cosiendo* el *vestidito* de Angel pa echar *lo verso* á la *Vigen*?

— No, hija, que el *vestidito* de Angel te lo hace tu tía la monja.

— ¿Y sabes ya los versos, hija? — preguntó la abuela.

— *Zi*.

— Lo mismo que un canario los echa — agregó Antonio.

— ¡Qué bonita va á estar mi niña aquel día! — añadió Andrea.

— ¿Y llevaré *rosita* á la *Vigen*?

— Sí, llevarás rositas y echarás los versos. ¿A ver cómo los echas?

La niña recitó con admirable gracia y su peculiar ceceo unos sencillos versos á la Virgen, compuestos por el párroco y que Antonio le había enseñado. Los aplausos, abrazos y besos de todos á la gentil Serafina eran interminables.

— Yo *quielo cosé* — dijo la niña.

— Así, así, á coser como una mujercita formal — contestó su madre arrastrando un taburete y dando á la niña aguja y un trapo.

Empezó ella á hacer que cosía, cantando á su manera, mientras sus padres la miraban con orgullo y la abuela la contemplaba mirándola por encima de sus enormes anteojos.

Angel entretanto se paseaba muy hueco de un lado á otro de la cocina, contoneándose con un cigarro de papel que le había hecho su padre, y que él fumaba á su manera, soplando en vez de aspirar el humo.

— Mírala, mírala — decía la abuela; — pero ¿no te fijas, Antonio? ¡Si parece una mujercita formal...!

— Cuando sea mayorcita mi niña — respondió Antonio besándola — será muy buena, y coserá las camisas *al papa*, y su papa la querrá, *¿verdad*, hija?

— *Zi* — contestó Serafina — y á la mama y á la abuelita.

— También.

— Y *al Angelito tamien*.

— También *al Angelito*.

— ¿Y al Colón no, papa?

— ¡*Jiisus*! ¿qué ocurrencia, si me la comía á besos! — exclamó la abuela.

— ¡Hiii, bendita sea tu boca — añadió Andrea — lengua de trapo, que es lo más mona...!

— Papa, lumbré — dijo entonces Angel arrimando su cigarro al de su padre.

— ¡Jesús, que no me le enseñes á esos vicios! — exclamó Andrea.

— Muchas gracias, mujer.

— Toma, ¿por qué?

— Porque me estás llamando vicioso.

— ¡Si no lo fueras!

— Pues, hija mía, te vas enmendando.

— Pues es claro; siempre dale que le das al tabacazo.

— ¿Quieres que lo deje?

— Hombre, ni tanto ni tan calvo.

— Vaya, adiós; me voy á trabajar... y usted á fregar — añadió Antonio dando á su mujer un suave golpe debajo de la barba.

— Anda, bribón — contestó Andrea atizándole en respuesta un pescozón mayúsculo.

— ¡Vamos, si son más niños que los niños! — observó sonriéndose la tía Meregilda.

— A fregar, mama — dijo Angel repitiendo la

frase de su padre y volviendo á contonearse de nuevo con su cigarro encendido.

— ¡Jesús! — chilló santiguándose la tía Meregilda — ¡qué cosas tienen los chicos del día!

— ¡Otro! — exclamó Andrea — ¡si voy allá, galopin...!

— Ven acá, salado, que vales más pesetas que el rey! — dijo Antonio tomando al niño en brazos y besándole.

— ¡Anda, bribón, bribonazo, feo, más que feo! ¡feotón! ¡Mal hijo!

— Y tú mala hija — respondió riéndose con todas sus ganas el chiquitín, con grandes aplausos de su padre.

(Se continuará.)

FR. CONRADO MUÑOS SÁENZ.

## BANCO DE ESPAÑA

### 19.º Sorteo.

Nota de los Títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.
<b>Serie A.</b>					
70	691 á 700	6.229	62.281 á 90	11.014	110.131 á 40
690	6.891 » 900	6.514	65.131 » 40	11.054	110.531 » 40
1.191	11.901 » 10	6.772	67.711 » 20	11.214	112.131 » 40
1.832	18.311 » 20	7.286	72.851 » 60	11.562	115.611 » 20
2.955	29.541 » 50	8.270	82.691 » 700	11.777	117.761 » 70
3.069	30.681 » 90	8.278	82.771 » 80	12.048	120.471 » 80
3.234	32.331 » 40	8.311	83.101 » 10	12.420	124.191 » 200
3.235	32.341 » 50	8.432	84.311 » 20	12.457	124.561 » 70
3.755	37.541 » 50	8.767	87.661 » 70	13.149	131.481 » 90
3.816	38.151 » 60	8.842	88.411 » 20	13.197	131.961 » 70
3.888	38.871 » 80	8.930	89.291 » 300	13.608	136.071 » 80
4.442	44.411 » 20	9.401	94.001 » 10	13.729	137.281 » 90
4.734	47.331 » 40	9.421	94.201 » 10	13.871	138.701 » 10
4.930	49.291 » 300	9.558	95.571 » 80	.....	.....
5.398	53.971 » 80	10.292	102.911 » 20	.....	.....
<b>Serie B.</b>					
91	901 á 10	2.964	29.631 á 40	7.509	75.081 á 90
113	1.121 » 30	3.178	31.771 » 80	7.855	78.541 » 50
271	2.701 » 10	3.311	33.101 » 10	8.003	80.021 » 30
304	3.031 » 40	3.648	36.471 » 80	8.777	87.761 » 70
808	8.071 » 80	5.096	50.951 » 60	9.646	96.451 » 60
1.103	11.021 » 30	6.162	61.611 » 20	9.694	96.931 » 40
1.700	16.991 » 17.000	6.308	63.071 » 80	9.695	96.941 » 50
1.809	18.081 » 90	6.417	64.161 » 70	9.894	98.931 » 40
1.876	18.751 » 60	6.573	65.721 » 30	.....	.....
2.430	24.291 » 300	6.909	69.081 » 90	.....	.....
2.664	26.631 » 40	6.998	69.971 » 80	.....	.....
<b>Serie C.</b>					
103	1.021 á 30	5.150	51.491 á 500	8.441	84.401 á 10
166	1.651 » 60	5.202	52.011 » 20	8.822	88.211 » 20
263	2.621 » 30	5.961	59.601 » 10	8.979	89.781 » 90
764	7.631 » 40	6.127	61.261 » 70	9.340	93.391 » 400
2.317	23.161 » 70	6.203	62.021 » 30	9.425	94.241 » 50
2.720	27.191 » 200	6.222	62.211 » 20	9.512	95.111 » 20
2.944	29.431 » 40	6.609	66.081 » 90	9.555	95.541 » 50
3.355	33.541 » 50	6.681	66.801 » 10	9.706	97.051 » 60
4.275	42.741 » 50	7.293	72.921 » 30	9.939	99.381 » 90
4.539	45.381 » 90	7.865	78.641 » 50	9.971	99.701 » 10
4.782	47.811 » 20	8.433	84.321 » 30	.....	.....
<b>Serie D.</b>					
106	1.051 á 60	946	9.451 á 60	2.389	23.881 á 90
175	1.741 » 50	1.652	16.511 » 20	2.449	24.481 » 90
825	8.241 » 50	2.236	22.351 » 60	2.826	28.251 » 60
<b>Serie E.</b>					
601	6.001 á 10	1.120	11.191 á 200	2.067	20.661 á 70
632	6.311 » 20	1.387	13.861 » 70	.....	.....
797	7.961 » 70	1.932	19.311 » 20	.....	.....

Madrid 1.º de Setiembre de 1886. — V.º B.º — El Subgobernador. — El Secretario general, J. MORALES.

### CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Endurecimiento de objetos de yeso.** — Para aumentar la consistencia de objetos de yeso, como estatuas, molduras, vasos, adornos, etc., que por su fragilidad resultan poco duraderos, basta al amasar el yeso, añadirle un poco de sulfato de potasa y de cola, previamente desleído en agua caliente. Se le moldea por el procedimiento ordinario, y después

de sacado del molde se sumerge el objeto en una mezcla hirviendo de cera y resina, que barniza y aumenta la dureza del objeto.

**Putrefacción de la madera.** — Para evitar que la pudrición seca iniciada en una madera se propague al resto, se lava la parte dañada con una disolución acuosa muy concentrada é hirviendo de potasa y sosa. A las doce horas de estar la madera bien im-



pregnada de la expresada lejía, se empapa con una disolución de óxido de hierro ó de óxido de plomo en ácido piroleñoso.

También da buen resultado para el propio objeto, lavar la madera con una solución piroleñosa de plomo y luego sumergirla en un baño de 750 gramos de alumbre y un kilogramo y medio de agua.

Ambos procedimientos pueden usarse también como medios preventivos.

**Indicadores térmicos.** — En la oficina central del teatro de la Ópera de Bruselas, hay un indicador de la temperatura de los diferentes departamentos y dependencias del coliseo, de gran utilidad para poder prevenir ó atenuar los efectos de un incendio. Hay una serie de termómetros metálicos constituidos por cintas en espiral, que se apoyan y obran sobre palancas, en contacto con conductores eléctricos, que transmiten á la estación central las señales correspondientes á la temperatura que marca el termómetro respectivo.

**Origen de la palabra caballo de vapor.** — Es muy curioso el origen de la expresión *caballo de vapor*, con que se designa una fuerza capaz de levantar un peso de 75 kilogramos á 1 metro de altura en un segundo. En la cervecería Witbread hizo Watt la primer aplicación de su máquina de vapor. Debía reemplazar á una noria destinada á elevar el agua. El cervecero, deseoso de obtener del vapor el mismo resultado que de sus caballos, propuso á Watt hacer trabajar un caballo durante ocho horas y basar sobre el peso del agua que hubiera sido elevada en ese tiempo el trabajo del *caballo de vapor*. Aceptó Watt, y el cervecero escogió el mejor de sus caballos, y, sin economizar el castigo, hizo trabajar al animal durante las ocho horas.

En este tiempo, el caballo elevó 2.120.000 kilogramos de agua á un metro de altura, ó sea por término medio 73 kilogramos por segundo, que se aumentaron hasta 75 para el trabajo de la máquina, que resulta muy superior al que puede dar un caballo ordinariamente. Muchos experimentos hechos en las minas de Anzin durante un año, y con 250 caballos sólo han dado 72 kilográmetros como trabajo de los caballos.

**Análisis abreviado del agua.** — Se disuelve jabón blanco en alcohol, y echando unas gotas en el agua que se examine, si ésta se pone como lechosa, es cruda ó mala para la cocción, y si por el contrario, no se enturbia ó apenas se manifieste, es buena para la alimentación.

La presencia del ácido carbónico en el agua se hace patente añadiéndole agua de cal, que le da un aspecto lechoso; añadiéndole después unas gotas de ácido clorhídrico, se desprenden burbujas gaseosas de ácido carbónico.

Las aguas yesosas tratadas con ácido oxálico dan un precipitado blanco de oxalato de cal.

Para conocer si el agua contiene alguna combinación de azufre, se pone aquella en un frasco con un poco de mercurio, y bien tapada se deja en reposo durante unas horas. Si la superficie del mercurio adquiere un matiz oscuro y sacudiendo la botella se obtiene un polvillo de color pardo, es señal de que contiene azufre. Las aguas sulfúricas tratadas con una solución de acetato de plomo, dan un precipitado de color pardo negruzco.

Las aguas alcalinas devuelven al papel de tornasol enrojecido su color natural. Las aguas ácidas enrojecen el papel de tornasol.

La magnesia se pone de manifiesto tratando el agua con carbonato de amoníaco y una pequeña cantidad de fosfato de sosa, que precipitan la magnesia en el fondo del vaso.

Las aguas que contengan cobre, tratadas con limaduras de hierro dulce y unas gotas de amoníaco, se tiñen de color azul oscuro.

El plomo se reconoce con el ácido sulfúrico, que da un color gris oscuro.

El hierro se pone de manifiesto con unas gotas

de infusión de agallas, que producen un color negro. Una disolución de prusiato de potasa da una coloración azul.

**Cola de seguridad para pegar cartas.** — Monsieur A. C. Fox publica la preparación de un cemento de gran consistencia y de una acción rapidísima. Consiste en asociar á la cola de pescados un compuesto de bromo, pero teniendo la precaución de no unir estas sustancias sino en el momento de emplearlas. Su principal aplicación es para dar se-



TIPOS DEL MUELLE DE LISBOA

Dibujados del natural por Thadée.

guridad á los sobres de cartas, paquetes, etc., y ésta es tan completa, cuanto que la cola en cuestión es insoluble en el agua fría y caliente, así como indespegable por la acción del vapor, de los ácidos y de las disoluciones alcalinas.

La aplicación se hace con un pincel, y no debe jamás aplicarse la lengua; además, esta cola se debe emplear de preferencia por encima de la tapa del sobre.

He aquí la fórmula: después de disolver la cola de pescado en el ácido acético y tenerla dispuesta de este modo, se toma: ácido crómico cristalizado 2 gramos y medio, agua 15, y amoníaco otros 15 gramos. A esta disolución se añaden diez gotas de ácido sulfúrico, y finalmente, 30 gramos de sulfato amónico.

Como la aplicación exige verdaderos detalles, insiste el autor en indicar que debe desde luego usarse la disolución de gelatina para la parte interior del sobre, ó sea en todos los puntos en que habitualmente se encuentra dispuesta la goma; en seguida se cierra el sobre, y húmedo aun, se pasa por encima con un pincel la disolución crómica, que reaccionando á través del papel, produce la formación de la cola de seguridad.

Se ha empleado también para montar fotografías, y en este caso la disolución crómica se pone sobre la cartulina ó Bristol, sobre el que se quiera pegar la prueba fotográfica, y después de extender bien y con un pincel esta disolución, se deja secar, y ya en este estado puede pegarse la prueba cuando se quiera, sin más que darle por la cara inversa, es decir, por donde ha de adherirse al cartón, la disolución de la cola en el ácido acético. Esta disolución se hace tomando una parte de cola de pescado, siete de agua y una de ácido acético.

**Emplomado del hierro.** — El plomo es el metal más inalterable que se conoce entre los que pudiéramos llamar económicos, y por ello se emplea para cubrir los edificios monumentales, las impostas de los palacios, para sujetar los hierros á las piedras, y por fin, en los laboratorios se revisten con hojas de plomo las mesas de madera, como el mejor preservativo contra los ácidos y aguas de todas clases, que no tardarían en destruir al poco tiempo cualquier especie de madera.

Un inglés ha inventado un procedimiento para cubrir con plomo toda clase de hierros ó aceros, á fin de hacerlos inalterables á las oxidaciones mucho mejor que estañándolos.

He aquí el sistema: primero se limpia bien la superficie de la pieza que se quiera emplomar, después se lleva á un horno, colocándola en posición horizontal respecto á la superficie que se trate de cubrir con plomo, y de manera que el calor le reciba por su parte inferior. En seguida se extiende por encima una disolución de cloruro de zinc, ácida ó neutra, haciendo que la temperatura se eleve inmediatamente poco más de lo necesario para la fusión del plomo, en cuyo caso se vierte encima este metal fundido, dejándole que sobrenade hasta que cese la espuma que forma el cloruro. Esta operación puede acelerarse agitando el plomo fundido de cualquier modo.

En seguida se deja enfriar la pieza, lavándola después como se quiera. Y si se pasa por un laminador, resultará su superficie bien lisa y sin granos de ninguna especie.

Por último, se puede también emplear el cloruro de zinc en estado sólido y después de su fusión; el plomo, á su vez, puede de igual modo aplicarse en el mismo estado sólido, estando, por supuesto el hierro bien caliente, lográndose así idénticos resultados.

Cuando se quiera unir con plomo dos superficies de hierro, se deben tratar ambas como queda dicho, y bien calientes se colocan una pieza sobre otra; y sin más se verifica la soldadura con gran fuerza.

El inventor se llama Graham James, y reside en Londres, no teniendo noticia de que haya pedido privilegio en España para la explotación de su idea.

**Odontálgico alcanforado.** — En 100 gramos de éter sulfúrico se disuelve en frío la mayor cantidad posible de alcanfor y se añaden dos ó tres gotas de amoníaco, formándose un éter amoniacal alcanforado que se debe conservar en un frasco de cristal con tapón esmerilado. Sirve para cauterizar los dientes careados, á los cuales se aplica por medio de hilas de algodón bien empapadas en el líquido, con lo cual cesan inmediatamente los dolores.



El 27 de Agosto último ha fallecido en Talavera de la Reina, á los 23 años de edad, D. Adrián Díaz y Gómez, después de una larga y penosísima enfermedad que ha sufrido con resignación verdaderamente cristiana, dando evidentes pruebas de la esmeradísima educación religiosa que recibiera, bien acreditada por la edificante muerte que el Señor le ha concedido para bien de su alma y elocuente ejemplo de los que ródaban su lecho.

Circunstancias han sido estas de gran consuelo para su madre, hermana y hermano D. Justo, antiguo suscriptor de esta Revista.

Suplicamos por tanto á nuestros suscritores en comienden á Dios el alma de tan virtuoso joven.